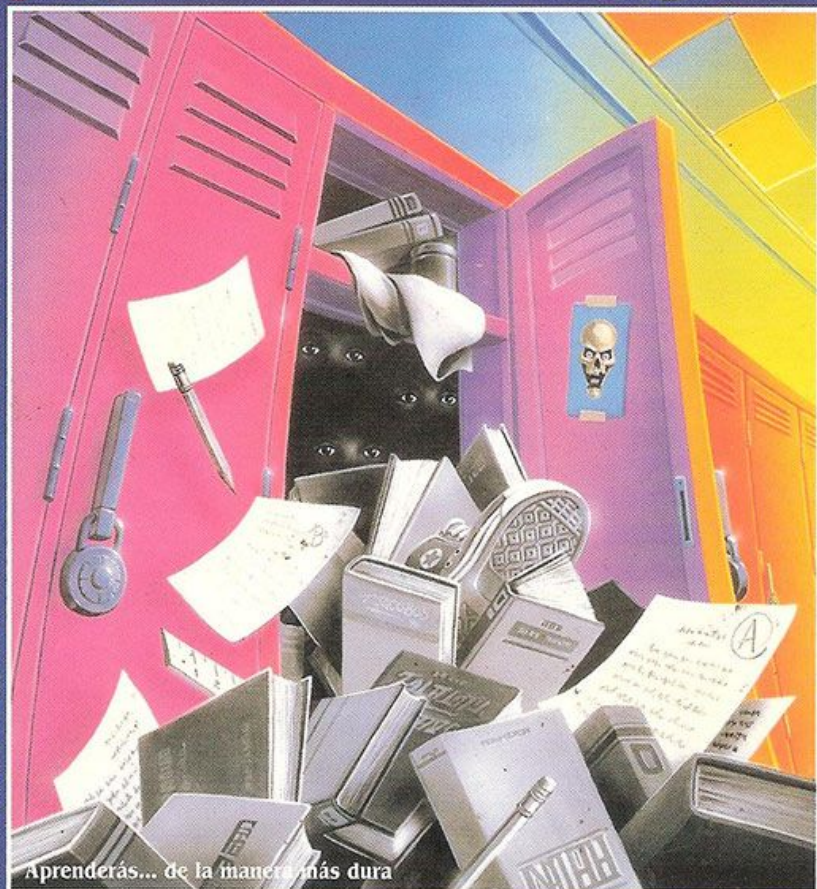


R. L. STINE

pesadillas

La escuela embrujada



Aprenderás... de la manera más dura

de

El padre de Tommy Frazer se ha casado por segunda vez: ahora el chico tiene una nueva madre y ha de ir a otro colegio, llamado Bell Valley. A Tommy le gusta ir a clase, pero le resulta muy difícil hacer amigos. Además, la escuela es muy grande.

No es de extrañar que Tommy, solo y desorientado, se pierda en un inmenso laberinto de aulas vacías.

Pronto empieza a oír unos gritos extraños. Son las voces de unos chicos que piden auxilio desde el otro lado de la pared...



R. L. Stine

La escuela embrujada

Pesadillas - 57

ePub r1.3

javinintendero 30.11.15

Título original: *Goosebumps #59: The Haunted School*

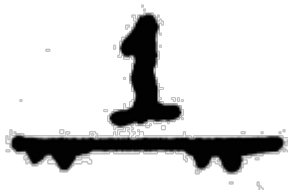
R. L. Stine, 1997

Traducción: Gemma Salvá

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.1





Una mano invisible me empujó y me tiró de la escalera plegable a la que me había encaramado.

—¡Aaayyy! —grité, aterrizando de espaldas sobre el suelo del gimnasio. Mi cabeza resonó contra las tablas de madera con un fuerte ¡pum!

Me incorporé lentamente, parpadeando varias veces para reponerme del susto. Después me apoyé en los codos y vi que Ben Jackson se reía.

Thalia Halpert-Rodis dejó caer el lápiz de labios en su bolsa y vino corriendo hacia mí.

—Tommy, ¿estás bien? —me preguntó.

—Sí, muy bien —refunfuñé—. Sólo estaba comprobando la dureza del suelo.

—¡Seguro que no es tan duro como tu cabeza! —se burló Ben—. ¡Te van a multar por agrietar el suelo del gimnasio! —Soltó una carcajada.

—Ja, ja —replicó Thalia poniendo los ojos en blanco. Luego, le miró con cara de asco y acto seguido se volvió hacia mí—. No le hagas caso, Tommy. Ben tiene tanta gracia como una paloma muerta.

—A mí, las palomas muertas me parecen divertidas —insistió Ben.

Thalia volvió a poner los ojos en blanco. Después, me tendió la mano y me ayudó a levantarme.

Me sentía tan avergonzado que habría corrido a esconderme

debajo de las gradas.

¿Por qué seré tan patoso?

Ninguna mano invisible me había empujado. Sencillamente me había caído, que es lo que siempre me suele pasar cuando estoy subido a una escalera. Algunos nacen con estrella; yo, en cambio, nací estrellado.

No quería parecer un idiota delante de Thalia y de Ben. Después de todo, acababa de conocerles y quería causarles una buena impresión. Por eso me había apuntado al taller de decoración de bailes y fiestas. Quería conocer a otros chicos y chicas. ¡Es tan difícil hacer amigos cuando llegas a un colegio nuevo!

Pero será mejor que empiece por el principio. Me llamo Tommy Frazer y tengo doce años. Este otoño, antes de que comenzara el curso, mi padre volvió a casarse y nos trasladamos a Bell Valley.

Nos tuvimos que mudar con tanta rapidez que apenas tuve ocasión de despedirme de mis amigos. En un abrir y cerrar de ojos me había convertido en el nuevo alumno del colegio de Bell Valley.

No conocía a nadie ¡Si apenas conocía a mi nueva madre! ¿Os imagináis encontrarse de pronto con una nueva escuela, una nueva casa y nueva madre?

Los primeros días en el colegio de Bell Valley fueron difíciles. No es que los otros niños fueran antipáticos, pero todos tenían sus amigos de siempre.

Yo no soy muy tímido, pero, la verdad, me daba mucho corte acercarme a alguien y decirle: «Hola, ¿quieres ser mi amigo?»

Durante la primera semana me sentí muy solo. Pero este lunes, por la mañana, la señora Borden, la directora, vino a nuestra clase y preguntó si algún alumno quería apuntarse al taller de decoración de bailes y fiestas. Necesitaba que alguien adornara el gimnasio.

Yo fui el primero en levantar la mano. Sabía que sería una buena forma de hacer amigos.

De modo que dos días más tarde allí estaba, en el gimnasio, haciendo nuevos amigos después de las clases. ¿Y qué es lo primero que se me ocurre hacer? Caerme de cabeza como un idiota.

—¿No crees que deberías ir a la enfermería? —preguntó Thalia, observándome con mucha atención.

—No, los ojos siempre me dan vueltas así —murmuré. Por lo

menos, no había perdido el sentido del humor.

—De todos modos, la enfermera ya se ha ido —añadió Ben echando un vistazo a su reloj—. Es tarde. Probablemente somos los únicos en todo el edificio.

—Volvamos al trabajo —sugirió mi nueva amiga, echándose hacia atrás su rubia cabellera.

Thalia sacó el lápiz de labios que había guardado en la bolsa y se aplicó una gruesa capa de carmín, a pesar de que los tenía bien rojos. Después, se retocó las mejillas con una especie de polvos anaranjados.

Ben movió la cabeza de un lado a otro, pero no hizo ningún comentario.

Ayer, oí a algunos compañeros burlarse de Thalia por usar maquillaje. Decían que era la única chica de la clase que se maquillaba todos los días.

Fueron bastante crueles con ella. Una chica dijo: «Thalia se cree que está pintando una obra de arte.»

Otra añadió: «Thalia no ha podido ir a clase de gimnasia porque estaba esperando a que se le secara la cara.»

Y finalmente un chico comentó: «Seguro que tiene la cara rota, ¡por eso siempre se la está pegando!»

Todo el mundo se partía de risa, pero a Thalia no parecían importarle las bromas ni las burlas. Supongo que ya estará acostumbrada.

Esta mañana, antes de entrar, he oído que unos niños decían que Thalia era una presumida. Que se creía que era una modelo y que por eso siempre andaba mirándose en el espejo.

A mí no me parece nada presumida. Es muy simpática, y la verdad es que es muy guapa. No sé por qué pensará que necesita maquillarse.

Thalia y Ben se parecen mucho. Podrían ser hermanos, pero no lo son. Los dos son altos y delgados, y tienen los ojos azules y el pelo rubio y rizado.

Yo soy bajito y regordete, y tengo un pelo negro y rebelde que parece hecho de briznas de paja. No hay quien pueda con él. Por más que me pase horas y horas peinándolo, siempre acaba poniéndose como él quiere.

Mi nueva mamá dice que cuando haya perdido mi grasa infantil seré muy guapo. A mí no me sonó como un cumplido.

En fin, Thalia, Ben y yo habíamos decidido pintar unas grandes pancartas para colgar en la pared del gimnasio. Thalia y yo estábamos trabajando en una que decía: ¡FIESTA ROCKERA EN BELL VALLEY!

Ben había empezado a pintar un cartel donde se leía: ¡BAILAD HASTA VOMITAR! Pero justo entonces la señora Borden se asomó por la puerta y dijo que sería mejor que pensara en otra frase.

Ben, después de quejarse y gruñir, pintó un nuevo cartel que decía: ¡BIENVENIDO TODO EL MUNDO!

—¡Oye, Ben! ¿Dónde está la pintura roja? —preguntó Thalia.

—¿Qué?

Ben estaba a cuatro patas en el suelo, pintando la B de BIENVENIDOS con un pincel grueso.

Thalia y yo también estábamos en el suelo, pintando de negro el perfil de nuestras letras. Mi amiga se levantó y miró a Ben.

—¿No has bajado ningún bote de pintura roja? Sólo veo pintura negra.

—Pensaba que tú te encargabas de ello —replicó él, y señaló unos botes de pintura apilados debajo de la canasta de baloncesto—. ¿Y éstos?

—Son de pintura negra —respondió Thalia—. Te dije que bajaras algunos botes de pintura roja, ¿recuerdas? Quiero rellenar las letras de color rojo. Ya sabes que el negro y el rojo son los colores del colegio.

—Vaya —murmuró Ben—. Bueno, pues yo no subo a buscarla, guapa. El aula de dibujo está en el tercer piso.

—Iré yo —me apresuré a exclamar, tal vez con demasiado entusiasmo.

Ambos me miraron sin pestañear.

—Bueno, quiero decir que no me importa ir —añadí—. Me sentará bien hacer un poco de ejercicio.

—Te has dado un buen golpe en la cabeza, ¿verdad? —bromeó Ben.

—¿Recuerdas dónde está la clase de dibujo? —preguntó Thalia. Dejé el pincel en el suelo.

—Sí, creo que sí. Hay que subir por las escaleras de atrás, ¿verdad?

Thalia asintió con la cabeza, haciendo que su rizada cabellera dorada se meciera en el aire.

—Exacto. Subes hasta el último piso. Después, sigues todo recto hasta llegar al final del pasillo y entonces giras a la derecha. Luego tuerces de nuevo a la derecha y, al fondo, encontrarás la clase de dibujo.

—Perfecto —respondí, y salí corriendo hacia la doble puerta del gimnasio.

—¡Trae dos botes como mínimo! —gritó Thalia a mis espaldas —. Y algunos pinceles limpios.

—¡Y una coca-cola para mí! —chilló Ben, riéndose. Menudo bromista.

Eché a correr a toda velocidad en dirección a la salida. No sé muy bien por qué lo hice. Supongo que quería impresionar a Thalia. Bajé los hombros, salí del gimnasio como una bala y me di de bruces con una chica plantada en medio del vestíbulo.

—¡Eh! —exclamó la chica, sorprendida, mientras ambos íbamos de cabeza al suelo.

Aterricé encima de ella al tiempo que dejaba escapar un gruñido. Se oyó un fuerte ¡crac! cuando su cabeza chocó contra la superficie de hormigón.

Nos llevamos tal susto, que permanecemos inmóviles unos instantes. Después yo me levanté.

—Lo siento —conseguí balbucear, y le tendí la mano para ayudarla a incorporarse. Pero ella la rechazó con brusquedad y se puso en pie por sí sola.

Observé que me sacaba una cabeza y tenía los hombros muy anchos y aspecto robusto. Me recordó a una de esas mujeres de lucha libre que salen por la tele.

Su pelo, de un rubio casi blanco, le caía sobre la cara. Iba toda vestida de negro y me miraba hecha una furia con unos ojos grises como el acero que ponían la carne de gallina.

—Lo siento de veras —repetí, retrocediendo un paso y sin dejar de mirarla.

Ella dio un paso hacia mí. Luego, otro. Sus intensos ojos grises

me dejaron clavado en la pared. Frunció el ceño y siguió avanzando hacia mí.

—¿Que... qué vas a hacer ahora? —farfullé.



Me arrimé con fuerza a la pared y repetí:

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Me voy a ir a mi casa... ¡si me dejas! —respondió entre gruñidos. Se dio media vuelta y se alejó apretando los puños.

—Y a te he dicho que lo sentía —grité tras ella, pero la chica desapareció por las escaleras sin ni siquiera darse la vuelta.

No podía quitarme de la cabeza sus extraños ojos grises.

Calculé el tiempo que le llevaría salir del edificio y luego me dispuse a subir las escaleras.

Llegar hasta el tercer piso era toda una excursión. Aún me temblaban algo las piernas después de mi encuentro con esa chica tan rara. Y, además, resultaba un poco espeluznante ser el único bicho viviente ahí arriba.

Mis zapatos resonaban contra los duros peldaños y el sonido retumbaba con fuerza por la desierta escalera. Los pasillos se extendían ante mí como largos túneles oscuros.

Cuando llegué al rellano del tercer piso me encontraba sin aliento. Avancé por el pasillo, tarareando. Mi voz sonaba cavernosa en el desierto corredor y retumbaba contra la larga fila de taquillas grises. Dejé de canturrear en cuanto doblé a la derecha. Pasé por delante de una sala de profesores desierta, un laboratorio informático y varias aulas en las que no parecía haber nadie.

Cuando giré nuevamente a la derecha, me encontré ante un estrecho pasillo con el suelo de madera, que crujía y gemía bajo mis pies.

Me detuve delante de un aula al final del pasillo. Un pequeño letrero escrito a mano y situado junto a la puerta decía: AULA DE DIBUJO.

Agarré el pomo de la puerta. Estaba a punto de tirar de él, cuando advertí que en el interior se oían voces.

Sorprendido, me agarré con fuerza al pomo y escuché. Un chico y una chica hablaban en voz baja y no conseguía entender qué decían. Me parecía estar escuchando a Thalia y a Ben.

«¿Qué estarán haciendo aquí arriba? —me pregunté— ¿Por qué me han seguido? ¿Cómo han podido llegar antes que yo?»

Abrí la puerta de golpe y entré.

—¡Bien, chicos...! —exclamé—. ¿Qué está pasando aquí?

Me quedé boquiabierto. El aula estaba vacía.

—¡Eh! —grité—. ¿Estáis aquí?

No hubo respuesta.

Paseé la mirada por la espaciosa sala. Los dorados rayos de la tarde se filtraban por las ventanas. Las largas mesas de dibujo estaban limpias y vacías. Unas vasijas de arcilla se secaban en el antepecho de la ventana. De la lámpara del techo colgaba un móvil confeccionado con perchas de alambre y latas de sopa.

«Qué extraño —pensé, moviendo la cabeza—. Estoy seguro de que aquí dentro había alguien hablando. ¿Será que Thalia y Ben me están gastando una broma? ¿Se habrán escondido por aquí?»

Corrí hasta el gran armario que contenía el material de dibujo y abrí la puerta de un tirón.

—¡Os he pillado! —grité.

Pero, no, allí no había nadie. Contemplé atónito el oscuro armario vacío.

«¿Me estaré volviendo loco?»

¡Tal vez la caída de la escalera había sido peor de lo que yo creía!

Alargué la mano y tiré de un cordoncillo para encender la luz del armario. A derecha e izquierda había estantes repletos de material de dibujo. Vi los botes de pintura roja que necesitábamos, cuando, de pronto, oí reír a una chica. Después, un chico añadió algo. Parecía nervioso. Hablaba muy deprisa y no conseguí entender una sola palabra.

Me giré en redondo, pero la clase de dibujo estaba vacía.

—¡Venga! ¿Dónde estáis? —grité.

Las voces dejaron de oírse.

Agarré un bote de pintura del estante y me lo puse debajo del brazo. Después, tomé un segundo bote con la otra mano.

—¡Eh! —exclamé cuando oí las voces de nuevo—. Esto no tiene ninguna gracia —grité—. ¿Dónde os habéis metido?

Silencio de nuevo.

«Seguramente estarán en la clase de al lado», pensé.

Me alejé del armario y dejé los botes de pintura sobre la mesa del profesor. Después avancé sigilosamente por el pasillo y me detuve en la puerta más cercana. Al asomarme, descubrí que se trataba de una especie de almacén. Junto a una pared se apilaban varias cajas en las que destacaba la palabra FRÁGIL.

Allí no había nadie.

Miré en la sala que había al otro lado del pasillo. También estaba vacía.

Cuando regresaba al aula de dibujo, oí las voces de nuevo. La muchacha estaba gritando, y el chico también. Parecía que pedían ayuda, pero, por alguna razón, sus voces sonaban amortiguadas y muy lejanas.

El corazón empezó a latirme con más fuerza y al instante advertí que tenía la garganta seca.

«¿Quién me estará gastando esta broma? —me pregunté—. Todo el mundo se ha ido a casa. El edificio está desierto. Entonces, ¿quién está aquí? ¿Y por qué no puedo encontrar a nadie?»

—¿Ben? ¿Thalia? —grité. Mi voz resonó contra la larga fila de taquillas—. ¿Estáis aquí?

Silencio.

Respiré profundamente y volví a entrar en el aula de dibujo. «No voy a hacerles ningún caso», pensé.

Fui a buscar los dos botes de pintura y salí de la clase.

Eché un vistazo a ambos lados del pasillo, por si aparecían Thalia y Ben.

Una sombra se asomó por una puerta abierta. Me quedé petrificado y con los ojos abiertos de par en par.

—¿Quién... quién está ahí? —grité.

3

Por la puerta apareció un hombre saliendo de espaldas y tirando de un gran aspirador. Llevaba un uniforme gris, y entre los dientes sujetaba la colilla de un cigarro apagado. Era el conserje.

Suspiré aliviado y me encaminé a las escaleras. Creo que no alcanzó a verme.

Las escaleras se curvaban a mitad de camino. Empecé a bajarlas, pero me detuve al llegar junto a un gran tablón de anuncios colgado en la pared. Eché un vistazo al programa de actividades escolares, a un calendario y a una lista de objetos perdidos.

«¡Vaya! ¡Pues sí que la he hecho buena! Creo que es la primera vez que paso por aquí», me dije.

Me volví y miré hacia la parte superior de las escaleras.

«¿Habré tomado el camino equivocado? ¿Conducirán al gimnasio estas escaleras?»

Sólo había un modo de saberlo. Agarré con fuerza los botes de pintura, me di media vuelta y seguí bajando.

Con gran asombro descubrí que las escaleras se terminaban al llegar al segundo piso. Extendí la vista por un largo pasillo, esperando descubrir otras escaleras que me condujeran hasta el sótano; es decir, hasta el gimnasio. Pero lo único que alcancé a ver fueron puertas de aulas cerradas y largas filas de taquillas.

Los botes de pintura empezaban a pesar y los hombros me dolían. Dejé los botes en el suelo durante unos instantes y aproveché para estirar los brazos antes de reanudar la marcha. Mis pisadas resonaban con fuerza en el pasillo desierto. Cada vez que

pasaba por delante de un aula miraba en su interior.

—¡Ahhh! —Un esqueleto me sonreía abiertamente desde una de las puertas. Me llevé un susto de muerte, pero enseguida me tranquilicé—. Debe de ser un laboratorio de ciencias —murmuré.

Me pareció ver un gatito negro que se movía furtivamente al fondo de una de las filas de taquillas. Me detuve y le miré con los ojos entornados. No. No se trataba de ningún gato, sino de un pasamontañas negro que alguien se habría dejado olvidado.

—¿Qué demonios te pasa, Tommy? —exclamé en voz alta.

Nunca había pensado en lo espeluznante que puede llegar a ser un colegio cuando todo el mundo se ha marchado, especialmente si se trata de un colegio nuevo para ti.

Al final del pasillo, me encontré con otro corredor, largo y vacío también, pero ni rastro de escaleras.

«Ben y Thalia se estarán preguntando qué me ha sucedido —pensé—. Creerán que me he perdido. Bueno, y es que, en realidad, ¡me he perdido!»

Pasé por delante de una vitrina con relucientes trofeos deportivos. En la parte superior de la misma, un banderín rojo y negro proclamaba: ADELANTE, BISONTES.

Ese es el nombre de nuestro equipo: los Bisontes de Bell Valley. Pero ¿acaso los bisontes no son unos animales grandotes y lentorros? ¿Y no están prácticamente extinguidos? ¡Vaya nombre más tonto para un equipo!

Seguí avanzando por el pasillo, sin dejar de cavilar, tratando de encontrar un nombre más adecuado para nuestro equipo: los Hipopótamos de Bell Valley, los Jabalíes de Bell Valley, los Búfalos de Agua de Bell Valley... Este último me hizo reír, pero se me cambió la cara de golpe cuando advertí que había llegado al final del pasillo y que éste no daba a ninguna parte.

—¡Eh! —exclamé, mientras inspeccionaba las puertas cerradas—. ¿No debería haber unas escaleras o algún tipo de salida por aquí?

Me pareció ver una estrecha abertura en la pared, pero había sido tapiada con unas tablas de madera viejas y podridas que cubrían toda la entrada.

«No sé por qué se me ocurrió decir que yo iría a buscar la

pintura —me lamenté—. Esta escuela es muy grande y no la conozco bien. Seguro que Thalia y Ben ya se han cansado de esperar.»

Deslicé la mirada por el largo corredor. En una de las paredes descubrí dos puertas, una al lado de la otra. No tenían ningún letrero y no daban la impresión de comunicar con ninguna clase. Decidí probar suerte con una. Me incliné hacia delante y, empujando con el hombro, la abrí. Aparecí tambaleándome en una inmensa sala, tenuemente iluminada.

—¡Caramba! ¿Dónele estoy? —Me salió una vocecita aguda.

Entorné los ojos para que mi vista se acostumbrara a la pálida luz. Entonces descubrí un grupo de muchachos que me devoraba con la vista.

4

Los muchachos me miraban de un modo tan rígido, tan inmóvil... que parecían estatuas.

¡Claro! ¡Es que eran estatuas! ¡Estatuas de muchachos! Por lo menos habría una veintena. Tenían un aspecto pasado de moda, y sus ropas eran muy raras, como las que se ven en las películas antiguas. Los chicos llevaban chaquetas deportivas y corbatas muy anchas. Las chicas vestían chaquetones con unas hombreras muy grandes y faldas que les llegaban hasta los tobillos.

Dejé los botes de pintura en el suelo y entré cautelosamente en la sala.

Las estatuas parecían tan reales y llenas de vida como los maniqués que se ven en los grandes almacenes. Sus ojos de cristal centelleaban, y en sus labios rojos no había ninguna sonrisa. ¡Qué caras más serias!

Me aproximé a la estatua de un chico y le toqué la manga de la chaqueta. No era de piedra esculpida ni de yeso. Era de tela de verdad.

Pero estaba tan oscuro ahí dentro que apenas veía nada. Me metí la mano en el bolsillo del pantalón y saqué un mechero de plástico rojo.

Sí, sí. Ya lo sé. Ya sé que no debería llevar un mechero. Y no llevaría ninguno, si mi abuelo no me lo hubiera regalado unas pocas semanas antes de su muerte. Desde entonces, siempre lo llevo conmigo a modo de amuleto.

Así pues, encendí el mechero y acerqué la llama al rostro del

muchacho. La piel era tan real, que incluso presentaba granitos en una mejilla y una cicatriz debajo de la barbilla.

Apagué el encendedor y volví a guardármelo en el bolsillo. Después le toqué la cara. Era muy suave, y estaba fría; había sido tallada o moldeada con una especie de yeso. Al frotarle un ojo, advertí que era de plástico o cristal. Cuando tiré de su cabello castaño oscuro, éste empezó a deslizarse hacia atrás: era una peluca.

Al lado había la estatua de una niña alta y delgada, ataviada con jersey negro y falda larga y estrecha que le llegaba hasta los tobillos. Contemplé sus ojos, oscuros y brillantes. Tuve la sensación de que me devolvía la mirada. Y parecía tan triste, tan sumamente triste.

¿Por qué ninguna de esas estatuas tenía una sonrisa en los labios?

Apreté la mano de la niña. Estaba hecha de yeso y era fría al tacto.

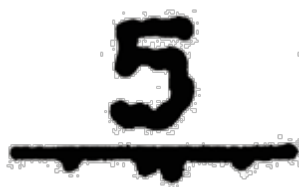
«¿Por qué estarán aquí estas estatuas? —me pregunté—. ¿Quién las habrá puesto en esta sala tan escondida? ¿Se tratará de algún tipo de trabajo artístico?»

Al retroceder unos pasos descubrí un letrero grabado encima de la puerta. Mis ojos se posaron rápidamente en las grandes letras de molde:

CLASE DE 1947

No podía apartar la vista. Lo leí de nuevo. Después volví a contemplar la sala repleta de estatuas. Y una de ellas preguntó:

—¿Qué estás haciendo aquí?



—¿Que... qué? —exclamé con la voz entrecortada.

—¿Qué estás haciendo aquí, jovencito? —repitió la voz.

Pestañeeé con fuerza y me volví.

La señora Borden, la directora de la escuela, apareció junto a la puerta.

—Usted... ¡usted no es una estatua! —manifesté bruscamente.

La señora Borden, apretando una carpeta contra el pecho, se apresuró a entrar en la sala.

—No, no soy una estatua —replicó muy seria.

Eché un vistazo a los dos botes de pintura que yo había dejado en el suelo y, acto seguido, se colocó junto a mí, observándome con atención.

La señora Borden es muy bajita, apenas unos pocos centímetros más alta que yo. Es algo regordeta, tiene el pelo negro y rizado, y una cara redonda y rosada. Siempre parece que se esté sonrojando.

Algunos chicos dicen que es muy simpática. Yo sólo la conocí brevemente a principios de curso. Aquella mañana, la señora Borden estaba muy enfadada, porque unos perros habían entrado en el patio de la escuela y estaban asustando a los más pequeños. Y, claro, no tuvo tiempo para hablar conmigo.

—Tommy, me parece que te has perdido —me dijo con voz queda, estaba tan cerca de mí que podía notar el olor a menta de su aliento.

Yo asentí con la cabeza y murmuré:

—Sí, creo que sí.

—¿Adónde quieres ir? —me preguntó, sin dejar de apretar la carpeta contra su pecho.

—Al gimnasio.

Por fin sonrió.

—El gimnasio queda muy lejos de aquí, Esta es la entrada del antiguo colegio. El gimnasio se encuentra en el nuevo edificio, justo al otro lado —me explicó, señalando con la carpeta.

—Me equivoqué de escaleras —aclaré—. Venía del aula de dibujo y...

—¡Ah, claro! Eres del taller de decoración —exclamó, sin dejarme terminar—. Ven, te voy a indicar cómo llegar hasta al gimnasio.

Me volví para echar un vistazo a las estatuas. Seguían ahí, inmóviles y calladas. Parecían escuchar secretamente nuestra conversación.

—¿Para qué sirve esta sala? —quise saber.

La señora Borden colocó una mano sobre mi hombro y empezó a conducirme hacia la puerta.

—Es una sala privada —repuso suavemente.

—Pero ¿para qué sirve? —repetí—. Me refiero a que... todas esas estatuas. ¿Quiénes son esos chicos? ¿Son chicos de verdad o algo por el estilo?

La señora Borden no respondió. Noté que su mano apretaba con más fuerza mi hombro mientras me seguía conduciendo hacia la puerta.

Me detuve a recoger los botes de pintura. Cuando miré de nuevo a la directora, noté que en su rostro había una nueva expresión.

—Esta sala es muy triste, Tommy —me confesó, casi susurrando—. Estos chicos fueron los primeros alumnos de la escuela.

—¿Durante el curso de 1947? —pregunté, echando un vistazo al letrero de la puerta.

La directora asintió con la cabeza.

—Sí. Hará cosa de medio siglo, el colegio tenía veinticinco alumnos. Y, un día... un día desaparecieron todos de golpe.

—¿Qué? —Me llevé tal sorpresa, que dejé caer los botes de pintura.

—Se esfumaron, Tommy —siguió explicando la señora Borden,

mientras se volvía para contemplar las estatuas—. Se esfumaron sin dejar rastro. Todos estaban en el colegio y, de repente, como por arte de magia, desaparecieron para siempre. Nadie les ha vuelto a ver jamás.

—Pero... pero... —farfullé. No sabía qué decir.

¿Cómo podían haber desaparecido veinticinco alumnos?

La señora Borden suspiró, y luego añadió con voz queda:

—Fue una verdadera tragedia. Y un gran misterio. A sus padres... a sus pobres padres... —La voz se le atascó en la garganta. Respiró profundamente y continuó—: A sus pobres padres se les partió el corazón. Decidieron cerrar el colegio para siempre, y lo tapiaron. Entonces, el pueblo construyó una nueva escuela al lado de la primera. Y desde ese día tan terrible, nadie ha puesto los pies en el viejo edificio.

—¿Y esas estatuas?

—Las hizo un artista de por aquí —repuso la señora Borden—, utilizando como modelo una foto en la que salían todos los alumnos. Era una forma de rendir homenaje a los muchachos desaparecidos.

Miré con atención la sala repleta de estatuas; estatuas de alumnos desaparecidos.

—Qué extraño —murmuré.

Recogí los botes de pintura. La señora Borden abrió la puerta.

—No tenía intención de venir aquí —me disculpé—. No sabía que...

—Tranquilo. No pasa nada —aclaró—. Este edificio es inmenso y muy desconcertante.

Me dirigí hacia el pasillo mientras ella cerraba delicadamente la puerta detrás de nosotros.

—Sígueme —me indicó, mientras echaba a andar como un soldado con la carpeta en la mano.

Sus zapatos de tacón repiqueteaban contra la dura superficie.

A pesar de su baja estatura, la señora Borden andaba muy deprisa y a mí me resultaba muy difícil seguirla con un bote de pintura en cada mano.

—¿Qué tal te van las cosas, Tommy? —me preguntó—. Bueno, aparte de perderte de vez en cuando, claro.

—Bien —contesté—. Todo el mundo es fantástico.

Doblamos una esquina. Tuve que apretar el paso para no perder de vista a la directora. Después volvimos a girar y salimos a un nuevo pasillo, mucho más iluminado. Las baldosas de la pared eran de un amarillo intenso y el suelo de linóleo resplandecía.

—Bien, ya hemos llegado —anunció la señora Borden—. Baja por estas escaleras y llegarás al gimnasio —añadió, indicándome el camino con la mano. Luego, sonrió. Yo le di las gracias y me fui corriendo.

Estaba impaciente por llegar al gimnasio. Esperaba que Thalia y Ben no estuvieran muy enfadados conmigo por haber tardado tanto. Me moría de ganas de hacerles preguntas sobre el curso de 1947. Quería que me contaran qué sabían ellos de los alumnos desaparecidos.

Sin soltar los botes de pintura, recorrí los dos tramos de escaleras que me separaban del sótano.

Ya todo volvía a resultarme familiar. Pasé corriendo por delante del comedor y llegué al final del pasillo. Empujé con el hombro la doble puerta del gimnasio y entré a la carrera.

—¡Eh! ¡Ya estoy aquí! —grité—. Ya he...

La voz se me quebró. Thalia y Ben yacían boca abajo en el suelo del gimnasio.

6

—¡Oh, nooooooooo! —gemí, horrorizado.

Los botes de pintura se me cayeron de las manos y se estrellaron contra el suelo. Uno de ellos vino rodando hasta mí y tropecé con él al salir pitando en dirección a mis nuevos amigos.

—¡Thalia! ¡Ben! —grité.

Los dos empezaron a reírse tontamente. Luego, levantaron las cabezas del suelo y me dedicaron una amplia sonrisa.

Ben abrió la boca para dar un largo y falso bostezo.

—Tardaste tanto, que ¡al final nos quedamos dormidos! —declaró Thalia.

Se echaron a reír de nuevo y entrechocaron las manos en alto en señal de victoria. Después, se levantaron, y Thalia salió como una flecha en busca de su bolsa. Sacó su tubito metálico y se lo pasó por los labios para darse otra gruesa capa de carmín.

Ben, sin dejar de reír, me miró con los ojos entornados y sentenció:

—Te has perdido, ¿verdad?

Asentí con la cabeza con aire desdichado y murmuré:

—Pues, sí. ¿Y qué?

—¡He ganado la apuesta! —estalló Ben, loco de alegría. Tendió una mano a Thalia y añadió—: ¡Lo prometido es deuda!

—¡Caramba! ¡Sois increíbles! —exclamé—. ¿Apostasteis a ver si me perdía?

—Bueno, estábamos muy aburridos —confesó Thalia, dándole un dólar a Ben.

Después de guardarse el dinero en el bolsillo del pantalón, Ben echó un vistazo al gran reloj del marcador y gritó:

—¡Hala! ¡Voy a llegar tarde! Le prometí a mi hermano que llegaría a casa antes de las cinco. —Salió corriendo en dirección a las gradas para recoger la mochila y la chaqueta.

—¡Eh, espera! —exclamé—. Quería contarte lo que he visto ahí arriba. Ha sucedido algo muy extraño y...

—Luego me lo cuentas —repuso Ben, poniéndose la chaqueta y saliendo al trote hacia la doble puerta del gimnasio.

—¿Y qué pasa con la pintura roja? —protesté.

—Me la beberé mañana —bromeó, y desapareció.

Me quedé como un idiota viendo cerrarse las puertas, y después me volví hacia Thalia.

—A veces es un chico estupendo —explicó ella—. Bueno, me refiero a que a veces me hace reír.

—Ja, ja —musité.

Agarré los botes de pintura roja y los dejé junto a nuestras pancartas, en el suelo.

—Siento que tardara tanto —le dije a Thalia—, pero es que...

Thalia estaba poniéndose sombra de ojos.

—¿Viste algo extraño ahí arriba? —inquirió, mirándome por encima del espejito redondo que sujetaba enfrente de ella.

—Bueno, primero, cuando salía corriendo del gimnasio, tropecé con una chica muy rara y la tiré al suelo —expliqué.

Thalia me miró con los ojos entornados.

—¿Quién era?

—No sé cómo se llama —repuse—. Es mayor... y mucho más alta que yo. Y parece muy fuerte. Además, tiene unos ojos grises la mar de extraños y...

—¿Greta? ¿Tropezaste con Greta? —quiso saber.

—¿Se llama así?

—¿Iba toda vestida de negro? Greta siempre va vestida de negro —apuntó Thalia.

—Sí, exacto. La tiré al suelo, y luego, voy, y me caigo encima de ella. Menudo bochorno, ¿verdad?

—Ten cuidado con ella, Tommy —me advirtió Thalia—. Greta es de lo más raro —añadió, y acto seguido empezó a enrollar su

pancarta—. ¿Y qué te pasó ahí arriba?

—Oí algo —dije—. Al llegar al aula de dibujo me pareció oír un murmullo de voces, como de muchachos, pero cuando entré, no había nadie.

—¡Qué! —exclamó Thalia boquiabierta—. ¿Entonces, tú tú los has oído? —tartamudeó.

Asentí con la cabeza.

—¿En serio?

—Sí, claro. ¿Quiénes son? —pregunté—. Estuve buscándolos por todas partes. Los oía, pero no conseguía verlos. Y entonces, la señora Borden...

Me callé cuando advertí que mi amiga tenía los ojos llorosos.

—Thalia, ¿qué te pasa? —pregunté.

No respondió. Dio media vuelta y salió corriendo del gimnasio.

7

Al cabo de unos días, Thalia se peleó con Greta. Fue un milagro que no acabaran a tortazo limpio.

Era jueves por la tarde, el señor Devine, nuestro profesor, recibió un mensaje de administración. Leyó la nota varias veces, en voz baja, pero sin dejar de mover los labios. Después, murmurando para sí, salió de clase.

Faltaba poco para la hora de la salida. Supongo que todos estábamos hasta el gorro de estar en la escuela y no aguantábamos un minuto más. De modo que, tan pronto como el señor Devine desapareció, la clase explotó. Todo el mundo se puso a saltar y a correr alrededor de la clase y a hacer las mil y una payasadas.

Un chico sacó un radiocasete que había escondido debajo del pupitre y puso la música a todo volumen. Al fondo de la clase, algunas muchachas reían como locas, sacudiendo la cabeza y dando palmadas en las mesas.

Yo, puesto que soy nuevo en la clase, estaba sentado en la última fila. Ben no estaba. Creo que había ido al dentista o algo parecido. Así que, como todavía no conocía a nadie, me quedé un poco al margen de la diversión. Con todo, puse al mal tiempo buena cara y simulé pasármelo en grande. Pero lo cierto es que me sentía tremendamente solo y muy incómodo. En el fondo, esperaba con secreta impaciencia el regreso del señor Devine para que todo volviera a la normalidad.

Miré unos instantes por la ventana. Era un día de otoño. El cielo estaba nublado. Fuertes ráfagas de viento se arremolinaban en torno

a las rojizas y anaranjadas hojas de los árboles, para luego lanzarlas al aire y dejarlas flotando por el patio del colegio. Las estuve observando un rato. Después desplacé la mirada al interior de la clase y mis ojos se posaron en Thalia.

Mi amiga estaba en la primera fila, ajena por completo a los juegos, las bromas y las risas. Sujetaba su espejito redondo enfrente de ella para pintarse de nuevo los labios.

Le hice señas con la mano para llamar su atención. Quería saber si luego bajaríamos al gimnasio para seguir trabajando en las pancartas. La llamé varias veces, pero con tanto jaleo no podía oírme, y siguió concentrada en su espejito, sin volverse para nada.

Estaba a punto de levantarme para ir junto a ella, cuando advertí que Greta se inclinaba sobre el pupitre de Thalia y le arrebató el lápiz de labios. Greta se rió y le dijo algo a Thalia mientras sujetaba el tubito de metal lejos de su alcance.

Thalia, soltando un grito de rabia, trató de quitárselo, pero no fue lo bastante rápida.

Los plateados ojos de Greta brillaban de emoción. Soltó una carcajada y le lanzó la barrita a uno de los chicos al otro extremo de la clase.

—¡Dámelo! —vociferó Thalia, levantándose de un salto. Tenía los ojos enfurecidos y el rostro pálido—. ¡Venga! ¡Dámelo! ¡Dámelo ya!

Thalia, en un ataque de rabia, saltó por encima de la fila de pupitres y trató de agarrar al muchacho, pero éste se echó a reír y, esquivándola, le lanzó el lápiz a Greta.

El tubo de metal dio contra una mesa y rebotó en el suelo. Thalia se precipitó tras él e intentó agarrarlo frenéticamente con ambas manos.

Cuando llegué a la parte delantera de la clase, Thalia y Greta ya rodaban por el suelo, luchando por ver quién se quedaba con la barra de labios. Contemplé a Thalia sin poder salir de mi asombro.

«¿A qué viene este numerito? —me pregunté—. ¿Por qué tendrá Thalia tanto interés en recuperar esa barra de labios? Al fin y al cabo, no es más que eso: un pintalabios.»

El resto de la clase también estaba atento al espectáculo.

Las chicas del fondo, las mismas que se habían burlado de Thalia

por llevar maquillaje, se estaban riendo como locas.

Algunos muchachos aplaudieron a Greta cuando ésta mostró triunfante el lápiz de labios en su manaza. Thalia chilló e intentó arrebátárselo.

Entonces Greta, sin dejar de sostenerlo en alto, apuntó en dirección a su contrincante, y fue bajándolo hasta dibujarle una cara roja y sonriente en la frente. A Thalia se le habían llenado los ojos de lágrimas. Desde luego, llevaba las de perder.

Aunque me era imposible comprender ese desespero frenético por recuperar el tubito, sabía que tenía que hacer algo al respecto. Decidí convertirme en héroe.

—¡Eh! ¡Devuélveselo a Thalia! —ordené con voz grave.

Respiré hondo y di un paso al frente, dispuesto a darle a Greta una buena lección.



Greta alzaba el lápiz de labios con una mano, mientras con la otra empujaba a Thalia hacia atrás.

—¡Devuélveselo! —insistí yo, tratando de sonar convincente—. Esto no tiene ninguna gracia, Greta. Devuélvele la barra de labios a Thalia.

Di un salto y le agarré la mano en la que sujetaba el tubito. Oí cómo algunos chicos y chicas vitoreaban y aplaudían, pero no sabía muy bien a quién de los dos animaban. Después, ayudándome con ambas manos, intenté arrancar el lápiz de labios del enorme puño de Greta. Fue entonces cuando el señor Devine entró en el aula.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber.

Cuando me volví, lo encontré mirándome airadamente a través de sus gafas redondas de montura negra.

Solté el puño de Greta. La barra de labios cayó al suelo, para luego salir rodando hasta meterse debajo del pupitre de Thalia. Mi amiga dejó escapar un pequeño grito y se lanzó a por él.

—¿Qué es todo este barullo? —vociferó el señor Devine, al tiempo que se acercaba con paso ligero hacia la parte delantera de la clase—. ¿Tommy, qué haces tú aquí? —inquirió el profesor. Detrás de los gruesos cristales de las gafas, sus ojos parecían dos pelotas de tenis—. ¿Por qué no estás en tu sitio?

—Sólo... sólo quería... —balbuceé.

—Tommy me estaba ayudando —intervino Thalia.

Bajé la vista para mirarla; tras recuperar su preciado lápiz de labios, parecía mucho más sosegada. A mí, en cambio, el corazón se

me salía del pecho.

—Todo el mundo a su sitio —ordenó el señor Devine—. ¿Cómo es posible que no pueda ausentarme ni dos minutos sin que arméis este barullo? —Miró a Greta con ojos penetrantes.

—No estaba haciendo nada malo —murmuró ella. Echó hacia atrás su rubia cabellera, fue hacia su asiento y se dejó caer pesadamente en él.

Yo regresé a mi pupitre, me desplomé en la silla y respiré hondo varias veces. Quería preguntar a Thalia por qué esa insistencia en recuperar la barra de labios, pero mi amiga no se volvió.

El señor Devine tardó unos segundos en conseguir que todo el mundo se calmara. Después, miró el reloj que había encima de la pizarra y anunció:

—Todavía quedan veinte minutos de clase. Tengo que arreglar unos papeles en mi mesa, de modo que podríais aprovechar para leer un rato.

Se quitó las gafas y sopló una mota de polvo que había en uno de los cristales. Sus ojos parecían dos canicas diminutas.

—Ya sabéis que el lunes me tenéis que entregar el resumen de lectura —nos recordó—; así que éste sería un buen momento para terminar de leer vuestros libros.

Durante unos instantes la clase se llenó de chirridos de sillas, y de bolsas que se abrían y cerraban, y de ruidos sordos al dejar caer pesadamente los libros sobre los pupitres. Al cabo de unos segundos, reinaba un silencio sepulcral.

Yo había escogido hacer un resumen de un libro de relatos de Ray Bradbury. No es que las historias de ciencia ficción me vuelvan loco, pero esas narraciones son emocionantes. Casi todas tienen un final muy sorprendente, y eso me encanta.

Intenté concentrarme en el relato que estaba leyendo. Trataba de unos niños que vivían en un planeta en el que nunca dejaba de llover, y por eso nunca veían el Sol ni podían salir a jugar. Era una historia muy triste.

Sólo había leído un par de páginas cuando una voz me sobresaltó. Faltó poco para que se me cayera el libro de las manos. Era la voz de una chica. Sonaba muy débil, pero muy cercana.

—Ayúdame, por favor —decía—. Ayúdame...

Sorprendido, cerré el libro de golpe y miré a mi alrededor.

«¿Quién ha dicho eso?»

Desplacé la mirada hasta Thalia. ¿Me estaría llamando? No, estaba enfrascada en su libro.

—¡Ayúdame... ¡Por favor! —suplicaba la chica de nuevo.

Me giré en redondo, pero no vi a nadie.

—¿Alguien ha oído eso? —pregunté, en un tono de voz más alto del que había previsto.

El señor Devine levantó la vista de sus papeles.

—¿Qué has dicho, Tommy?

—¿Alguien ha oído a esa chica que pide ayuda? —inquirí.

Algunos compañeros se rieron. Thalia se volvió y me miró con el ceño fruncido.

—Yo no he oído nada —repuso el señor Devine.

—No, en serio —insistí yo—. He oído una chica que decía: «Ayúdame, por favor.»

El profesor chasqueó la lengua y añadió:

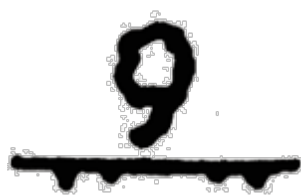
—Eres demasiado joven para andar oyendo voces.

Algunos chicos volvieron a reírse, pero yo no le veía la gracia por ninguna parte.

Suspiré y volví a abrir el libro de relatos. Estaba deseando que sonara la campana. No aguantaba ahí dentro ni un minuto más.

Estaba buscando la página donde me había quedado, cuando oí de nuevo la voz de esa chica. Sonaba tan débil, tan cercana y desdichada.

—Ayúdame, por favor. Que alguien me ayude...



La noche del baile, Ben, Thalia y yo llegamos pronto al gimnasio. Sólo faltaba una hora para que la fiesta comenzara y estábamos dando los últimos retoques a los elementos decorativos. Me sentía muy orgulloso de nuestro trabajo. En el vestíbulo, a la entrada del gimnasio, habíamos colgado varias pancartas que se extendían de una pared a otra. Y en la sala del gimnasio, dos inmensas pancartas decían: ¡FIESTA ROCKERA EN BELL VALLEY! y ¡BIENVENIDO TODO EL MUNDO! También atamos grandes racimos de globos a las canastas de baloncesto. Evidentemente, los globos eran rojos y negros. Y de las paredes y encima de las gradas también colgaban serpentinas de los mismos colores.

Mi amiga y yo habíamos empleado varios días en pintar un enorme cartel con un bisonte haciendo el signo de la victoria. Debajo del rumiante, unas enormes letras pintadas de rojo y negro decían: LOS BISONTES SON LOS VENCEDORES.

Ni a Thalia ni a mí se nos da muy bien eso de dibujar, y al final nuestro bisonte no se parecía mucho a las fotos que habíamos encontrado en los libros. Ben dijo que más bien parecía una vaca enferma. De todos modos, terminamos colgando el cartel.

Entre los tres colocábamos un mantel de papel con los colores de la escuela sobre la mesa de los refrescos. Miré el reloj del marcador. Eran las siete y media, y el baile empezaría a las ocho.

—Todavía nos queda un montón de cosas por hacer —manifesté.

Ben tiró demasiado fuerte del extremo del mantel, y al instante oímos cómo el papel se rasgaba.

—¡Huy! —exclamó él—. ¿Alguien puede traer un poco de cinta adhesiva?

—No te preocupes —repuso Thalía—. Taparemos la parte rasgada con las botellas de refrescos.

Volví a mirar el reloj y pregunté:

—¿Cuándo va a llegar el grupo de rock?

—Dentro de nada —explicó Thalía—. Dijeron que llegarían pronto para instalarlo todo.

Unos chicos habían formado una banda llamada Gruñido. Era un grupo un poco extraño: cinco guitarristas y un batería. Encima alguien me había dicho que tres de los guitarristas lo hacían fatal. Sin embargo, la señora Borden les pidió que tocaran en la fiesta.

Tardamos un poco en colocar bien el mantel, porque no era lo bastante grande para la mesa.

—¿Qué más hay que hacer? —quiso saber Ben—. ¿Vamos a colgar algo en las puertas de la entrada?

Antes de que pudiera responder, la doble puerta del gimnasio se abrió de par en par y la señora Borden irrumpió en la sala.

Al principio no la reconocí. Llevaba un vestido de fiesta, rojo brillante, y el pelo, rizado y moreno, se lo había recogido en un moño detrás de una diadema plateada. Pero ¡ni tan siquiera con moño era mucho más alta que yo!

Mientras venía a toda prisa hacia nosotros, lo iba observando todo.

—¡Esto es fantástico, chicos! ¡Qué maravilla! —exclamó emocionada—. ¡Habéis hecho un trabajo estupendo!

Después de que le diéramos las gracias, la señora Borden me entregó una Polaroid.

—Saca fotos, Tommy —me ordenó—. Saca muchas fotos para que veamos lo bien que ha quedado el gimnasio. Venga. Date prisa, antes de que todos empiecen a llegar.

Miré la cámara y dije:

—Sí, bueno, muy bien, pero es que Thalía, Ben y yo todavía tenemos algunas cosas que hacer. Queríamos colgar unos carteles en las puertas y además hay que poner más globos en ese rincón, y... y...

La señora Borden se echó a reír y me interrumpió:

—¡Pareces un poco agobiado, Tommy!

Thalia y Ben también se echaron a reír. Y yo noté que la cara me empezaba a arder. Sabía que me estaba sonrojando.

—Tómatelo con calma, Tommy—me aconsejó la señora Borden dándome unas palmaditas tranquilizadoras en la espalda—. De lo contrario, te va a dar un ataque antes de que empiece la fiesta.

—Estoy bien —aclaré, al tiempo que forzaba una sonrisa.

Entonces aún no sabía que, después de tantísimo trabajo, iba a perderme la magnífica fiesta.

10

—¡Eh! ¡Cuidado!

—¡Mueve ese amplificador! ¡Venga, Greta! ¡Muévelo!

—¡Muévelo tú!

—¿Dónde están mis timbales? ¿Alguien los ha visto?

—¡Me los he comido para desayunar!

—¡No tiene ninguna gracia! ¡Vamos, mueve ese amplificador!

Los miembros del grupo de rock llegaron cuando yo estaba en plena sesión fotográfica. Enseguida lo invadieron todo, armando un barullo de mil demonios al instalarse junto a las gradas.

Los chicos eran los guitarristas. Greta tocaba la batería.

Cuando la vi cruzar el gimnasio arrastrando los tambores y los platillos, me acordé de la pelea del jueves.

Ese día, después de clase, le pregunté a Thalia por qué había perdido los estribos por un lápiz de labios.

—¿Por qué te pusiste como una fiera?

—¡Yo no me puse como una fiera! —insistió Thalia—. Fue Greta. Siempre se cree que como es tan grandota y tan fuerte puede hacer todo lo que le dé la gana.

—Sí, es una chica muy rara —admití—, pero ¿por qué te enfadaste tanto?

—Me gusta ese lápiz de labios. Eso es todo —repuso Thalia—. Es el mejor que tengo. ¿Por qué debería permitir que me lo quitara?

Ahora, Greta, vestida de negro de pies a cabeza, estaba ultimando los preparativos con el resto del grupo. Todos se reían y se empujaban, lanzando cables de aquí para allá, y tropezando con

las fundas de las guitarras. Se creían muy importantes, sólo porque habían formado una banda de rock.

Pronto empezó a llegar gente. Reconocí a las dos chicas que iban a cortar las entradas, y a un par de chicos encargados del bar, que enseguida se quejaron porque alguien había pedido limonadas pero se había olvidado de las Coca-Colas.

Yo iba de un sitio para otro sacando fotos de las pancartas y los globos. Estaba a punto de tomar una instantánea del cartel del bisonte, cuando un fuerte grito me obligó a girarme en redondo.

Greta y un chico de la banda simulaban batirse en duelo con las guitarras. Los otros miembros del grupo se reían y les animaban. Greta había agarrado una de las guitarras. En ese momento ella y el otro chico levantaban los instrumentos por encima de sus cabezas y echaban a correr para iniciar el ataque.

—¡No! ¡Parad! —grité.

Demasiado tarde. La guitarra de Greta había partido en dos nuestra pancarta.

Solté un gruñido cuando vi que las dos mitades del rótulo se doblaban hacia el suelo. Me volví y me encontré con Thalia y Ben cariacontecidos.

—¡Eh! ¡Lo siento! —gritó Greta, y soltó una carcajada.

Me precipité hacia la destrozada pancarta y tomé uno de los extremos. Thalia y Ben se encontraban justo detrás de mí.

—¿Qué vamos a hacer? —me lamenté—. Ha quedado destrozada.

—Está claro que no podemos dejarla así, colgando sobre el suelo —se quejó Thalia, meneando la cabeza.

—¡Pero la necesitamos! —declaré.

—Sí, es la que nos ha quedado mejor—convino Thalia.

—Tal vez podríamos pegarla con cinta adhesiva —sugerí.

—¡Claro! Eso es lo que haremos —saltó Ben—. Vamos, Tommy. —Me agarró del brazo y empezó a tirar de mí.

Faltó poco para que la Polaroid de la señora Borden me resbalara de las manos.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—¿A ti qué te parece? ¡Al aula de dibujo! —repuso Ben. Salió al trote en dirección a la doble puerta del gimnasio, y yo corrí tras él.

«No tardaremos mucho en pegarla —pensé—. Después le pediré una escalera de mano al portero y volveremos a colgarla.»

Cuando llegamos al vestíbulo, me detuve. Grupos de chicos y chicas se acercaban a toda prisa, pues el baile estaba a punto de empezar.

—No tenemos tiempo de pegar la pancarta —dije a Ben.

—¡Claro que sí! Lo conseguiremos —contestó—. Ya verás.

—Pero... ¡el aula de dibujo está en el tercer piso! —balbuceé—. Para cuando regresemos al gimnasio...

—Relájate —me aconsejó Ben—. No tardaremos mucho. Bueno, siempre y cuando dejes de quejarte, claro. Venga, ¡muévete!

Ben tenía razón. Eché a correr por el pasillo. Los chicos iban llegando en tropel al gimnasio. Yo sabía que no teníamos tiempo que perder.

—¡Eh, que no es por ahí! —oí que gritaba Ben—. Te has equivocado de camino, Tommy.

—Yo sé lo que me hago —protesté—. ¡La última vez fui por aquí!

Corrí hasta el final del pasillo y doblé una esquina.

—¡Tommy, espera! —chilló Ben.

—Hay que subir por aquí —contesté gritando—. Es más rápido. Estoy seguro.

Pero estaba equivocado. Tendría que haber escuchado a Ben. Al cabo de unos segundos me encontré con que el pasillo daba a una pared tapiada.

—¿Lo ves? —exclamó Ben sin aliento—. ¿Por qué no me hacías caso? Tenemos que subir por las otras escaleras.

—De acuerdo, la he pifiado —repuse yo—. Sólo quería ganar tiempo, eso es todo.

—¡Pero si nunca sabes por dónde vas! —protestó Ben, enfadado—. ¡Si hasta necesitas un mapa para encontrarte los dedos de los pies!

—Muy gracioso —murmuré, y luego exclamé, mirando a mi alrededor—: ¿Dónde estamos?

—Ni idea. ¡No sé por qué se me ocurriría seguirte! —masculló Ben con aire irritado, y golpeó con ambos puños la pared tapiada.

—¡Ay!

Ambos dimos un grito cuando las viejas y podridas tablas de madera cedieron. Mi amigo se llevó tal sorpresa que perdió el equilibrio y se empotró contra las tablas. Estas se rompieron en mil pedazos y cayeron al suelo. Y Ben se cayó encima de ellas.

—Caramba. —Me incliné para ayudarle. Luego, desplazando la mirada por un oscuro pasillo exclamé—: ¡Mira esto! Debe de ser el edificio del colegio que cerraron.

—¡Huuuuy! ¡Qué miedo! —murmuró Ben con un gruñido. Se frotó la pierna y añadió—: Me he arañado la rodilla con esas tablas. Creo que está sangrando.

Me adentré unos pasos en el oscuro corredor.

—Esta escuela lleva cerrada más de cincuenta años —dije—. Probablemente somos los primeros chicos en pisarla desde entonces.

—Recuérdame que lo anote en mi diario —gruñó Ben, que seguía frotándose la rodilla—. Bueno, ¿vamos al aula de dibujo o qué?

No le respondí. Algo en la pared de enfrente me había llamado la atención y quería saber qué era.

—Mira, Ben. Un ascensor.

—¿Qué? —exclamó, y cruzó el pasillo a la pata coja para colocarse junto a mí.

—¡Imagínate! En el antiguo colegio había un ascensor.

—Menuda suerte tenían esos chicos —repuso Ben.

Presioné el botón que había en la pared y, ante mi sorpresa, las puertas se abrieron.

—¡Vaya!

Miré en su interior. Una lámpara polvorienta se encendió, iluminando la cabina de metal con una tenue luz blanquecina.

—¡Funciona! —gritó Ben—. ¡Funciona!

—Entremos —me apresuré a responder—. Venga. ¿Por qué tenemos que subir todas esas escaleras?

—Pero... pero...

Ben se quedó tieso como un palo, pero yo lo agarré por los hombros, le empujé al interior del ascensor y entré tras él.

—¡Esto es fantástico! —exclamé—. Ya te dije que conocía el camino,

Ben miraba con nerviosismo la estrecha cabina gris.

—No tendríamos que haber subido —murmuró.

—¿Y qué puede pasar? —repliqué.

Las puertas se cerraron silenciosamente.



—¿Nos estamos moviendo? —preguntó Ben, y levantó la vista hacia el techo del ascensor.

—Claro que no —contesté—. Todavía no le hemos dado a ningún interruptor. —Alargué la mano y pulsé un botón en el que resaltaba un enorme 3 de color negro—. En cualquier caso, ¿se puede saber qué te pasa, Ben? ¿Por qué estás tan nervioso? No estamos atracando un banco ni nada por el estilo. Sólo hemos subido a un ascensor porque tenemos mucha prisa.

—Este ascensor tiene cincuenta años —repuso mi amigo.

—¿Y qué?

—Pues... que no nos estamos moviendo —apuntó Ben suavemente.

Volví a apretar el botón e intenté oír algún ruido que nos indicara que subíamos.

Silencio.

—Salgamos de aquí —apremió Ben—. Esto no funciona. Ya te dije que no deberíamos probarlo.

Volví a pulsar el botón. Nada.

Apreté el botón número 2.

—Estamos perdiendo el tiempo —insistió Ben—. Si hubiéramos subido por las escaleras, ya estaríamos allí. El baile ya ha comenzado y nuestra estúpida pancarta está tirada en el suelo.

Volví a pulsar el botón número 3. Y el número 2. Nada. Ningún ruido. No nos movíamos.

Pulsé el botón marcado con una S.

—¡No queremos ir al sótano! —exclamó Ben. Advertí que en su voz había algo de miedo—. Tommy, ¿por qué has pulsado ese botón?

—Sólo intento conseguir que esto se mueva —contesté. De repente, noté la garganta seca y un nudo en la boca del estómago.

¿Por qué no nos movíamos?

Volví a pulsar todos los botones. Después los aporreé con todas mis fuerzas.

Ben me apartó la mano.

—Muy bien, campeón —observó Ben con sarcasmo—. Venga, vamos a salir de aquí, ¿de acuerdo? No quiero perderme todo el baile.

—Thalia estará echando humo —comenté.

Volví a pulsar el botón número 3 varias veces. Pero, nada, seguíamos sin movernos.

—Venga, abre las puertas —insistió Ben.

—Está bien, ya voy —repuse yo malhumorado. Desplacé la vista hasta el tablero de mandos.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó Ben con impaciencia.

—No... no puedo encontrar ningún botón que sirva para abrir las puertas.

Ben me apartó bruscamente.

—Déjame a mí —exclamó, echando un vistazo a los interruptores plateados—. Vaya...

Ambos observamos atentamente el tablero de mandos.

—Seguro que tiene que haber un botón para abrir las puertas —murmuró Ben.

—Tal vez sea éste de las flechas —apunté, y deslicé la mano hasta un interruptor situado en la parte inferior del panel metálico.

—Sí, púlsalo —ordenó Ben, pero no me dio tiempo a hacerlo. Se colocó delante de mí y apretó el botón con la palma de la mano.

Fijé la vista en las puertas, con la esperanza de que se abrieran, pero no pasó nada.

Le volví a dar con fuerza al botón de las flechitas. Otra vez. Nada.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —gimió Ben.

—No te asustes —repuse—. Conseguiremos abrir las puertas.

—¿Y por qué demonios no debería asustarme? —inquirió, gritando.

—¡Porque yo quiero ser el primero en hacerlo! —declaré.

Pensé que mi bromita le haría reír y le tranquilizaría un poco. Al fin y al cabo, él siempre estaba gastando bromas, ¿no? Pero Ben ni siquiera sonrió, y siguió con los ojos clavados en las oscuras puertas del ascensor.

Le di de nuevo al botón de las flechas. Lo mantuve pulsado con el pulgar. Nada. Las puertas no se abrían. Pulsé los botones 2 y 3. Pulsé el botón número 1.

Nada. Silencio. Los botones no hicieron un solo ruido.

Ben tenía los ojos desorbitados. Colocó las manos alrededor de la boca para hacer bocina y gritó:

—¡Socorro! ¿Alguien puede oírme? ¡Socorro!

Silencio.

Entonces descubrí un botón rojo en la parte superior del cuadro de mandos.

—Ben... ¡Mira! —exclamé, apuntando al botón rojo.

—Un botón de emergencia —exclamó con entusiasmo—. Venga, Tommy. Dale. Probablemente sea una alarma. Alguien lo oirá y vendrá a rescatarnos.

Pulsé el botón rojo. No sonó ninguna alarma, pero el ascensor emitió un zumbido. Se oyó el ruido metálico de los engranajes y el suelo comenzó a vibrar bajo nuestros pies.

—¡Eh! ¡Nos estamos moviendo! —gritó Ben, rebosante de felicidad.

Yo solté un grito de alegría y levanté la mano para entrechocarla con la de Ben. Pero, justo entonces, el ascensor dio una fuerte sacudida y me envió contra la pared.

—Caramba —murmuré, al tiempo que volvía a enderezarme.

Me giré hacia Ben. Ambos nos miramos en silencio y con los ojos como platos, atónitos por lo que estaba sucediendo.

El ascensor no se movía hacia arriba ni hacia abajo. Se estaba moviendo hacia un lado.

12

El ascensor retumbaba y daba sacudidas. Me agarré al pasamanos de madera que había a un costado. Los engranajes emitieron un fuerte ruido metálico y el suelo vibró bajo mis pies.

Nos miramos estupefactos al advertir lo que estaba sucediendo. Ninguno de los dos dijo una sola palabra.

—No es posible —murmuró Ben por fin con la voz transformada en un susurro ahogado.

—¿Adónde nos lleva? —pregunté en voz baja y agarrándome con tanta fuerza a la barra de madera que las manos me dolían.

—No es posible —repitió Ben—. No puede ser cierto. Los ascensores sólo suben y...

La cabina dio una fuerte sacudida cuando el aparato se paró de sopetón.

—¡Ayyyyyy! —grité, al darme con el hombro contra la pared de la cabina.

—La próxima vez iremos por las escaleras —gruñó Ben.

Las puertas se abrieron suavemente.

Ben y yo nos asomamos con timidez. No se veía nada.

—¿Estamos en el sótano? —preguntó Ben, sacando la cabeza.

—No hemos bajado ningún piso —repuse. Un escalofrío me recorrió la nuca—. No hemos subido ni bajado, así que...

—Todavía estamos en el primer piso. —Ben terminó la frase por mí—. Pero ¿por qué está tan oscuro? No me lo puedo creer. No puede ser cierto.

Salimos del ascensor. Esperé a que mis ojos se adaptaran a la

oscuridad, pero estaba demasiado oscuro.

—Tiene que haber un interruptor por alguna parte —comenté.

Tanteé la pared. Noté el reborde de las baldosas, pero el interruptor brillaba por su ausencia. Deslicé ambas manos por la parte superior e inferior del muro. Nada. Ningún interruptor para dar la luz.

—Vámonos —apremió Ben—, no sea que ahora nos quedemos atrapados aquí. No se ve nada.

Yo seguía buscando el interruptor.

—De acuerdo —contesté.

Bajé la mano y empecé a retroceder en dirección al ascensor. De pronto, oí que las puertas se cerraban.

—¡No! —protesté con un grito agudo.

Los dos aporreamos las puertas del viejo armatoste. Después palpé la pared para dar con algún botón que abriera las puertas.

Estaba tan aterrado que la mano me temblaba. Tanteé detenidamente la superficie a ambos lados de las puertas. Nada. No había ningún botón.

Me volví y me apoyé contra la pared. De pronto me faltaba la respiración y el corazón se me salía del pecho.

—No me lo puedo creer. No puede ser cierto —farfulló Ben.

—¿Quieres callarte de una vez? —exclamé—. Es cierto. Estamos aquí. No sabemos dónde, pero estamos aquí.

—Pero si no podemos llamar al ascensor, ¿cómo vamos a salir de aquí? —gimió Ben.

—Encontraremos una salida —repuse.

Inspiré profundamente y contuve la respiración. Puesto que mi amigo no dejaba de gimotear y estaba tan aterrado, decidí que yo debía conservar la calma.

Escuché atentamente.

—No se oye nada, ni música ni voces. Debemos de estar muy lejos del gimnasio.

—Bueno... ¿Y ahora qué hacemos? —gritó Ben—. No vamos a quedarnos aquí como dos pasmarotes.

Empecé a darle vueltas a la cabeza. Entrecerré los ojos para ver en la oscuridad, con la esperanza de distinguir una puerta o una ventana: algo. Pero las tinieblas que nos rodeaban eran más

intensas que el cielo de una noche sin estrellas.

Apreté la espalda contra la fría superficie de baldosas.

—Ya lo tengo —exclamé—. Nos mantendremos arrimados a la pared.

—¿Y qué? —susurró Ben—. ¿Qué haremos entonces?

—Iremos tanteando la pared —proseguí—, hasta dar con la puerta de alguna sala iluminada. Tal vez entonces averigüemos dónde estamos.

—Tal vez —comentó Ben. La voz de mi amigo no parecía muy optimista.

—Pégate a mi espalda —ordené.

Se dio de narices contra mí.

—¡No tanto! —exclamé.

—Lo siento. No pude evitarlo. ¡No veo nada! —gritó.

Avanzamos lentamente mientras yo iba deslizándome la mano derecha por las baldosas de la pared.

Sólo habíamos dado unos pasos cuando oí un ruido detrás de mí. Alguien había tosido.

Me paré en seco y me volví.

—Ben, ¿has sido tú?

—¿Qué? —Volvió a darse de narices contra mí.

—¿Has sido tú quien ha tosido? —susurré.

—No.

Volví a oír la tos. Después, un sonoro cuchicheo.

—Esto... Ben... —empecé a decir agarrándolo del hombro—. ¿Sabes una cosa? No estamos solos.

13

Los dos nos quedamos boquiabiertos cuando de pronto se encendió una luz. Al principio era muy pálida y grisácea. Parpadeé repetidas veces y esperé a que brillara con más intensidad, pero no lo hizo.

Miré a mi alrededor. ¡Estábamos en un aula! ¡Un aula en tonos grises! Clavé los ojos en una oscura pizarra. Después, en la mesa del profesor, tan negra como el carbón, en los pupitres de color gris oscuro, en las pálidas y grisáceas baldosas de la pared, en las líneas negras y grises del suelo.

—¡Qué extraño! —musitó Ben—. Mis ojos...

—No son tus ojos —le tranquilicé—. La luz de esta clase es tan tenue, que parece que todo sea gris y negro.

—Es como estar dentro de una película en blanco y negro —comentó Ben.

Entornamos los ojos para poder distinguir algo bajo la pálida luz, y nos acercamos con cautela a la puerta de la clase.

—Salgamos de aquí antes de que volvamos a quedarnos a oscuras —sugerí.

Habíamos recorrido la mitad del aula cuando de nuevo oí unos tos. Y entonces se escuchó la voz de una chica.

—¡Eh!

Ben y yo nos quedamos de piedra. Al darnos la vuelta vimos que una chica de aproximadamente nuestra edad salía de detrás de una vitrina repleta de libros.

Se nos quedó observando fijamente. Y nosotros la miramos a

ella.

Era bastante guapa. Tenía el pelo negro y liso, y lo llevaba corto, con un flequillo que le caía sobre la frente. Vestía un anticuado jersey con el cuello en pico, una larga falda plisada y zapatos de hebilla blancos y negros.

Abrí la boca para decir «hola», pero algo me hizo enmudecer. Su piel era tan gris como el jersey que llevaba. Sus ojos también eran grises... y sus labios.

Esa chica era igual que la clase. También parecía sacada de una película en blanco y negro.

Ben y yo nos miramos perplejos. Después, observé de nuevo a la muchacha, que se agarró al lado de la vitrina sin dejar de observarnos con recelo.

—¿Estabas escondida ahí detrás? —dije impulsivamente.

Ella asintió con la cabeza y repuso:

—Os oímos llegar, pero, claro, nosotros no sabíamos quiénes erais.

—¿Cómo que «nosotros»?—pregunté.

Antes de que pudiera responder, otros dos chicos y chicas salieron de un salto de detrás de la alta vitrina.

Y todos ellos eran ¡de color gris!

—Miradlos —gritó unos de los chicos, observándonos con los ojos abiertos de par en par.

—Es increíble —exclamó otro muchacho.

Antes de que Ben y yo pudiéramos reaccionar, el grupo de muchachos echó a correr hacia nosotros, gritando y chillando todos a la vez.

Primero nos rodearon, luego empezaron a tocarnos y a tirar de nuestra ropa, de nosotros. No paraban de gritar, reír y chillar. Me agarraron por la camisa y la manga salió volando por los aires.

—¡Ben! —grité—, van a destrozarnos.

14

—¡Mirad! ¡Mirad esto! —gritó una chica, sujetando bien alto la manga que me habían arrancado.

Los dos chicos tiraron del resto de mi camisa. Yo me eché al suelo y traté de escabullirme, pero nos tenían bien rodeados. Una chica me quitó un zapato. Ben intentó defenderse a puñetazos, pero se golpeó la mano contra el encerado y soltó un grito de dolor.

—¡Basta! —oí que gritaba un chico por encima de los chillidos de los demás—. ¡Basta! ¡Dejadlos tranquilos!

Yo seguía pataleando con ambas piernas. Ben seguía propinando puñetazos.

—¡Basta ya! —gritó el chico—. Dejadlos tranquilos. ¡Venga, parad de una vez!

Los muchachos se apartaron. La chica dejó caer mi zapato, que yo me apresuré a recoger de inmediato.

Retrocedieron unos pasos, moviéndose en línea y sin dejar de mirarnos fijamente.

—¡Cuántos colores! —exclamó una de las chicas—. ¡Y qué intensos!

—¡Me duelen los ojos! —gritó un muchacho.

—¡Pero son tan preciosos! —dijo una niña con emoción—. ¡Es... es como un sueño!

—¿Todavía sueñas en color? —le preguntó un muchacho.

—No, todos mis sueños son en blanco y negro.

Finalmente, sin soltar mi zapato y temblando de pies a cabeza, conseguí levantarme. Me arreglé el pantalón con dificultad y me

puse la desgarrada camisa por dentro.

Ben se frotó la mano que se había lastimado. Tenía el pelo enmarañado y estaba sudoroso y con la cara colorada.

—Tommy —susurró—. ¿Qué está pasando aquí? ¡Esto es de locos!

Miré fijamente a los cinco chicos y chicas que se alineaban frente a nosotros.

—Se han quedado sin color... —murmuré.

Eran como una foto en blanco y negro. Sus ropas, su piel, sus ojos, su pelo... no tenían color; sólo tonos grises y negros.

Los fui estudiando mientras intentaba recuperar el aliento, y entonces advertí que no eran de nuestra época, que no se parecían en nada a los chicos de nuestro colegio.

Las chicas llevaban faldas largas hasta los tobillos; los chicos vestían camisas deportivas de cuello ancho, embutidas en pantalones holgados y con pinzas.

«Como en una película antigua —pensé—. Una película en blanco y negro.»

Nos observamos mutuamente durante un instante interminable. Después, el chico que parecía ser el líder del grupo habló.

—Perdonad —dijo—. Veréis, nosotros...

—No queríamos haceros ningún daño —interrumpió la chica que había junto a él—. Pero es que... ¡hacía tanto tiempo que no veíamos colores!

—Yo sólo quería tocarlos —añadió la chica del flequillo negro, sacudiendo la cabeza con tristeza—. Quería tocar un poco de color. Ha pasado tanto, tantísimo tiempo...

—¿Habéis venido a ayudarnos? —preguntó el primer chico amablemente. Sus ojos grises y suplicantes se quedaron clavados en los míos.

—¿Qué? —repuse yo—. No. No hemos venido a ayudaros. Veréis, resulta que...

—¡Qué lástima! —interrumpió la chica del flequillo negro, frunciendo el ceño.

—¿Eh? ¿Cómo que qué lástima? —No entendía nada—. ¿Por qué? —quise saber.

—Porque ahora —dijo la muchacha— nunca podréis marcharos.

15

—Venga, ya los hemos asustado bastante. Se creerán que somos una pandilla de locos salvajes. No intentes asustarlos más, Mary —le reprendió un muchacho.

—No quiero asustarlos —insistió la chica, cruzándose de brazos por encima de su jersey gris—. Sólo creo que deberían saber la verdad. Me parece que...

—¿La verdad? —interrumpió—. ¿Qué está pasando aquí? Se trata de una broma, ¿no es cierto?

—¡Pues claro! Venga, quitaos esos polvos grises de la cara y decidnos que no es más que una broma —intervino Ben.

La chica que se llamaba Mary se mordió el labio inferior.

Descubrí una lágrima en su ojo izquierdo, que al instante empezó a resbalar por su grisácea mejilla»

—No es ninguna broma —gimió Mary.

—Dejaos de bobadas —gruñó Ben—. Encended todas las luces y...

—No serviría de nada —gritó el chico, enfurecido.

Mary se volvió hacia él y, después de secarse la lágrima de su mejilla, dijo con voz trémula:

—Realmente pensaba que al fin... —No pudo añadir nada más.

Otra chica la rodeó con su brazo.

Cerré los ojos unos segundos. De tanto entornarlos para poder distinguir alguna silueta entre los distintos tonos de gris, me había empezado a doler la cabeza.

—¿Va a decirnos alguien qué está pasando? —oí que preguntaba

Ben.

Al abrir los ojos descubrí que los cinco chicos grises avanzaban hacia nosotros.

El líder del grupo era un poco más alto que yo. Tenía el pelo negro y ondulado, y unos ojazos negros que le hacían arrugas en los lados. Observé una pequeña cicatriz gris encima de una de sus cejas. Y bajo su camiseta gris se escondían unos anchos hombros. Era un chico de aspecto atlético.

La muchacha que había junto a él era alta y muy delgada. Llevaba una larga melena plateada que le caía por la espalda, y tenía unos ojos grises muy tristes.

—Me llamo Seth —explicó el chico—. Estas son Mary y Eloise. —Después, señaló a dos chicas más y añadió—: Eddie y Mona.

Ben y yo nos presentamos.

—No pretendíamos asustaros —repitió Mary—. Pero ¿nos dejáis tocar vuestros colores? Hace tantísimo tiempo que no vemos nada de color. Sólo... —Se le quebró la voz. Acto seguido, se dio la vuelta.

—Esto... Ben y yo tenemos que regresar al baile —expliqué, echando un vistazo a la puerta—. Veréis, resulta que somos del taller de decoración de bailes y fiestas. Se nos acaba de romper una pancarta y...

—No podéis regresar —sentenció Seth. Sus ojos oscuros se clavaron en los míos—. Mary os ha dicho la verdad. No podéis regresar.

—Pero eso es ridículo —saltó Ben, negando con la cabeza—. Estamos en el antiguo edificio, ¿verdad? Pues lo único que tenemos que hacer es seguir por el pasillo hasta llegar al colegio nuevo. El gimnasio queda al final de las escaleras.

Eloise asintió. Advertí que era la chica que habíamos oído cuando todavía estábamos a oscuras. Se sonó la nariz con un pañuelo de papel gris. Por lo visto, estaba resfriada.

—No estáis en el viejo edificio —comentó Eloise con voz ronca.

—Entonces, ¿dónde estamos? —inquirió Ben—. ¿En el sótano?

Los chicos en blanco y negro negaron con la cabeza.

—Es difícil de explicar —apuntó Seth.

—No os preocupéis, sabremos encontrar el camino de vuelta —

insistí, avanzando hacia la puerta—. Al fin y al cabo, el colegio no es tan grande como para quedarnos eternamente perdidos.

—En realidad, no estáis en el colegio —aclaró Eloise, sonándose de nuevo la nariz.

—¿De qué estás hablando? —gritó Ben—. A mí esto me parece un aula, ¿no? Hay unos pupitres, unas sillas, una pizarra.

—Larguémonos de aquí —exclamé, empujando ligeramente a Ben en dirección a la salida.

—Sentaos —ordenó Seth bruscamente.

Ben y yo casi habíamos alcanzado la puerta del aula.

—He dicho que os sentéis —repitió Seth.

—Será mejor que le escuchéis —advirtió la chica llamada Mona.

Seth señaló dos mesas con aire de impaciencia.

—Sentaos.

Tragué saliva y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. No tenía ni idea de lo que sucedía y, además, no quería saberlo. Sólo quería escapar corriendo de esa clase gris y de esos chicos en blanco y negro.

El grupo de muchachos avanzó hacia nosotros con semblante serio. Seth mantenía los brazos tensos y extendidos a los lados, como si estuviera a punto de empezar una pelea.

—Sentaos, chicos —insistió.

—Lo siento. Tal vez en otra ocasión —repuso Ben.

Ambos tuvimos la misma idea. Dimos media vuelta y echamos a correr hacia la puerta.

Yo llegué antes que él. Agarré el pomo, lo giré y tiré de él.

—¡Vamos! ¡Vamos! —apremiaba Ben con desespero.

—No se abre —grité.

La puerta estaba cerrada con llave.

16

Ben, presa del pánico, agarró el pomo de la puerta y me dio un fuerte empujón para echarme a un lado. Primero tiró de la empuñadura con ambas manos; después, arrimó el hombro a la puerta y empujó con todas sus fuerzas. Pero la puerta no cedió.

—Esa puerta no se abre —explicó Seth tranquilamente.

Me volví. Seth seguía con los brazos extendidos a los lados. Sus cuatro compañeros grises estaban junto a él, dos a cada lado, y nos escudriñaban con los ojos entornados, forzando su mirada en la penumbra.

—¿Por qué... por qué está cerrada con llave? —balbuceé sin aliento.

—No es una puerta que nosotros podamos usar—repuso Mary. Su pálida mejilla gris volvió a teñirse con el brillo de una lágrima—. Esa puerta conduce al mundo en color.

—¿Cómo? ¿Pero qué dices? —grité.

—¿Quién ha tenido la brillante idea de gastarnos esta broma? —preguntó Ben con impaciencia—. Pues, para que los sepáis, no tiene ninguna gracia! ¡Ninguna!

Era evidente que Ben estaba a punto de perder los estribos. Le puse una mano sobre el hombro para indicarle que se calmara. Me daba la impresión de que no se trataba de ninguna broma.

—¿Cómo se sale de aquí? —preguntó Ben, dando un puñetazo a la puerta—. No vais a dejarnos encerrados en esta clase gris. ¡Ni soñarlo!

Seth volvió a señalar los pupitres.

—Sentaos, chicos —rogó de nuevo—. No queremos encerraros aquí. Ni tampoco pretendemos haceros ningún daño.

—Pero... pero... —farfulló Ben echando un vistazo a su reloj.

—Intentaremos explicaros lo sucedido —observó Mary—, pero vosotros tenéis que hacer un esfuerzo por comprender.

—Sí, sobre todo ahora que vais a quedaros con nosotros —añadió Eloise.

Un nuevo escalofrío me recorrió la espalda.

—¿Por qué no paráis de repetir eso? —pregunté.

No contestaron.

Ben y yo nos dejamos caer en unas sillas. Las tres chicas tomaron asiento frente a nosotros. Eddie cruzó los brazos y se recostó contra el encerado.

Seth se sentó encima de la mesa del profesor.

—No sé muy bien por dónde empezar—explicó, pasándose una mano por su oscuro y grueso cabello.

—Pues empieza por decirnos dónde estamos —exigí.

—Y, luego, explícanos cómo llegar hasta el gimnasio —agregó Ben—. Y no te enrolles demasiado, ¿eh?

—Bien. Habéis venido al otro lado —observó Seth.

Ben puso los ojos en blanco y preguntó impacientemente:

—¿Al otro lado de dónde?

—Al otro lado de la pared —repuso Seth.

Eloise estornudó. Sacó un puñado de pañuelos de papel del bolso que guardaba junto a ella.

—No hay forma de quitarme este resfriado de encima —suspiró—. Como aquí nunca vemos el sol...

—¿Que nunca veis el sol? —grité—. ¿Al otro lado de la pared? —exclamé con un gruñido—. ¿Por qué no habláis claro de una vez? ¿A qué viene tanto misterio?

Mona se volvió hacia Seth y precisó:

—Empieza por el principio. Tal vez eso les sirva de ayuda.

Eloise se puso a rebuscar en su bolso de color gris y finalmente extrajo un paquete de pañuelos de papel que dejó encima del pupitre enfrente de ella.

—Muy bien, de acuerdo —convino Seth—. Así fue como empezó todo...

Ben y yo nos miramos. Después nos inclinamos hacia delante, dispuestos a escuchar.

—Todos nosotros formábamos parte de la primera promoción que hubo en el colegio de Bell Valley —empezó a decir Seth—. La escuela se abrió hace unos cincuenta años y...

—¡Eh! ¡Un momento! —exclamó Ben levantándose de un salto—. ¿Te crees que Tommy y yo somos imbéciles? —declaró—. Si cincuenta años atrás estabais en el colegio, ¡ahora tendríais sesenta años!

Seth asintió con la cabeza.

—Se te dan bien las mates, ¿verdad? —Era una broma, pero con un toque de amargura.

—No hemos envejecido —explicó Mary, alisándose con una mano su negro flequillo—. Seguimos teniendo exactamente la misma edad que hace cincuenta años.

Ben puso los ojos en blanco y me susurró:

—Creo que ese ascensor nos ha transportado a Marte.

—Sí, es la pura verdad —intervino Eddie, cambiándose de postura—. Nos hemos quedado congelados. Congelados en el tiempo.

—Quizás el ascensor conecta vuestro mundo con el nuestro —observó Mona al tiempo que echaba un vistazo al viejo aparato—. Es la primera vez que alguien lo utiliza para llegar hasta aquí. Nosotros vinimos de otro modo.

—No entiendo nada —confesé—. Es como un rompecabezas. El ascensor estaba tapiado, escondido. ¿Por qué nos ha traído a este lugar?

—Debe de ser el único punto de contacto entre ambos mundos —repuso Mona enigmáticamente.

—Todo esto es de locos. Nos estamos perdiendo la fiesta —susurró Ben.

—Deja que terminen con su historia —le contesté—. Después nos marcharemos.

Seth se levantó y empezó a deambular por la sala.

—Al principio, el colegio de Bell Valley sólo tenía veinticinco alumnos —explicó—. Era una escuela completamente nueva y nos sentíamos orgullosos de estrenarla.

Eloise estornudó.

—Jesús —dijo Mona.

—Un día, vino el director y nos dijo que iban a hacernos una foto —continuó Seth—. Habían llamado a un fotógrafo para que sacara un retrato de todos los alumnos de la clase.

—¿Era una foto en color? —interrumpió Ben. Soltó una carcajada, pero nadie más rió.

—En la década de los cuarenta, las fotos que se hacían en los colegios no eran en color —explicó Mary a Ben—. Eran en blanco y negro.

—Nos reunimos en la biblioteca para que nos hicieran la foto —siguió explicando Seth—. Los veinticinco alumnos estábamos ahí. El fotógrafo dijo que nos pusiéramos en fila.

—Yo le reconocí al instante —interrumpió Eddie—. Era un hombre malvado y furioso. Odiaba a los niños.

—Todos andábamos un poco alborotados —añadió Mona—. Nos reíamos y hacíamos el tonto y fingíamos pelearnos. Y el fotógrafo se enfureció porque no queríamos posar para él.

—Todos le odiábamos —intervino Eddie—. Todo el pueblo sabía que era malvado, pero era el único fotógrafo que había por aquí.

—Nunca olvidaré su nombre —comentó Eloise con tristeza—. Se llamaba señor Camaleón. Nunca lo olvidaré, porque... porque un camaleón cambia de color, y nosotros no.

La cara de mi amigo dejaba claro que no creía una sola palabra de lo que nos estaban contando. Sin embargo, Seth y sus compañeros ofrecían un aspecto demasiado sombrío y amargo para que todo fuese una mentira.

Al verlos con esas ropas y cortes de pelo anticuados, con sus grises y tristes rostros, tenía que creérmelo. Entonces caí en la cuenta de que eran los muchachos que habían desaparecido en 1947.

—El fotógrafo nos alineó en tres filas —continuó explicando Seth, mientras iba y venía por la clase con las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones grises—. Él estaba detrás de su gran cámara de cajón, cuya parte posterior había tapado con un paño negro. Metió la cabeza por debajo de la tela y alzó el flash.

»Nos ordenó que sonriéramos, y el flash se disparó con un

chasquido.

—Pero no se trataba de un flash normal y corriente — interrumpió Marv—. Su luz era

tan fuerte, tan intensa... —Se le quebró la voz.

—Tan intensa que nos cegaba —continuó Seth, meneando la cabeza—. La sala donde estábamos, es decir, la biblioteca, desapareció al iluminarse el flash. Y cuando abrimos los ojos, cuando pudimos ver de nuevo... nos encontramos aquí.

Ben abrió la boca, probablemente para hacer otro de sus estúpidos chistes, pero supongo que cambió de idea, porque la cerró al instante sin decir una sola palabra.

—Nos encontramos aquí —repitió Seth, con la voz temblándole de emoción. Dio un fuerte puñetazo a la mesa—. Ya no estábamos en la biblioteca. Ya no estábamos en el colegio del mundo real. Estábamos aquí, en este mundo en blanco y negro.

—Como si nos hubiéramos quedado atrapados en una fotografía —intervino Mona—. Atrapados para siempre en una fotografía en blanco y negro.

—Sí, atrapados en Oscurolandia —precisó Eddie con amargura—. Así es como llamamos a este lugar: Oscurolandia.

—Lo hemos probado todo —añadió Eloise—. Hemos hecho las mil y una para salir de aquí. Y todavía seguimos gritando y pidiendo auxilio. Todavía pensamos que tal vez algún día vendrá alguien y...

—Yo os oí —murmuré—. Estaba en clase, y oí que pedíais ayuda.

—Pero... pero... —balbuceó Ben—. Yo no entiendo nada. ¿Dónde estamos exactamente?

Nadie respondió durante unos largos instantes. Después, Seth se acercó a mi amigo. Apoyó las manos en la superficie del pupitre, aproximó su rostro al de Ben y le miró a los ojos.

—Ben —dijo él—, ¿has contemplado alguna vez una pared y te has preguntado qué había al otro lado?

Ben me miró sin saber muy bien dónde meterse y contestó:

—Sí, supongo que sí.

—Pues bien, nosotros estamos al otro lado de la pared —gritó Seth—. Estamos al otro lado de vuestro mundo. Y ahora, también lo

estáis vosotros.

—¡Pronto seréis como nosotros! —añadió Eddie.

—¡No! —gritó Ben.

Dijo algo más, pero no lo oí.

Eché un vistazo a mis manos y lancé un profundo grito de terror.

17

—¡Mis, mis dedos! —grité.

Levanté las manos para que los vieran. Los dedos se me habían teñido de gris, y las palmas estaban perdiendo su color.

Ben me agarró la mano y tiró de ella para examinarla.

—¡Oh, no! —murmuró—. No...

—¡Ben! ¡Las tuyas también! —grité.

Soltó mi mano de golpe para observarse la suya. Prácticamente toda ella era de color gris. Al examinar su mano izquierda descubrió que no le quedaba un solo dedo rosado, y que la palma también se había empezado a teñir de gris.

—No... no... —iba repitiendo Ben, al tiempo que negaba con la cabeza.

Levanté los ojos y contemplé a los cinco muchachos grises.

—Entonces... no estabais bromeando—balbuceé.

Nos miraron sin ninguna expresión en el rostro.

Mary observó mis manos con atención.

—Perderéis todo el color enseguida —dijo finalmente—. Ya veréis.

—¡No! —exclamé, levantándome de un salto—. ¿Qué podemos hacer? ¡No puede ser que nos volvamos de color gris! ¡Es imposible!

—No tenéis elección —dijo Eloise con tristeza—. Ahora estáis en Oscurolandia, y en nuestro mundo todos los colores palidecen con extrema rapidez.

—Ahora sois como nosotros —nos repitió Seth—. Y cuando todo vuestro cuerpo sea de color gris, ya no podréis regresar.

—¡No! —protestamos mi amigo y yo.

—Saldremos de aquí —grité.

Le di una patada a la silla y me precipité de nuevo hacia la salida. Giré el pomo de la puerta y tiré con todas mis fuerzas.

Ben se colocó junto a mí, y ambos tratamos de abrir esa maldita puerta hasta acabar gimiendo de dolor y con la cara más roja que un tomate.

—Está cerrada con pestillo por el otro lado —gritó Seth—. Estáis perdiendo el tiempo.

—No —volví a insistir—. Saldremos de aquí. ¡Saldremos de aquí ahora mismo!

Di un grito desesperado, levanté ambas manos y empecé a aporrear la puerta con todas mis fuerzas.

—¡Socorro! —grité—. ¡Que alguien nos ayude! ¿Podéis oírme? ¡Auxilio!

Golpeé la puerta hasta que las manos me dolieron. Después, me rendí.

—¿Creéis que no lo hemos probado antes? —preguntó Mary con amargura—. No paramos de golpear las paredes y de gritar pidiendo ayuda.

—Pero nunca hay nadie que responda —añadió Eloise—. Nadie que venga a ayudarnos.

Eché un nuevo vistazo a mis manos. Estaban completamente grises, desde la punta de los dedos hasta las muñecas. Y mis brazos también empezaban a perder el color.

—¡Ben...! —exclamé. Él también estaba mirando cómo su piel se volvía gris.

La cabeza me daba vueltas. De pronto me sentí mareado.

—¿Cómo vamos a escapar de aquí? ¿Cómo vamos a regresar a nuestro mundo?

—¿Tal vez en el ascensor? —sugirió Ben.

—No servirá de nada —advirtió Seth.

Pero nosotros no le hicimos caso y echamos a correr como locos por el pasillo que había entre las mesas hasta llegar al fondo de la inmensa aula. Allí, en un estrecho hueco, se encontraba el ascensor.

—No hay ningún botón de llamada —gritó Mary detrás de nosotros.

—Bah, ese aparato nunca funciona —añadió Seth—. Nadie lo ha usado en cincuenta años. Cuando esta noche lo hemos oído ponerse en marcha, no nos lo podíamos creer.

—Tiene que haber algún modo de salir de aquí —grité.

Recorrí con la palma de la mano la pared que se alzaba junto al ascensor.

—Seguramente hay un botón escondido por alguna parte.

La pared estaba tibia y era suave al tacto. La golpeé con el puño hasta que toda mi mano me dolió.

Ben deslizó los dedos por la hendidura que formaban las dos puertas al unirse en el centro y trató de abrirlas con todas sus fuerzas.

No tuvo suerte.

—¡Un destornillador! —gritó por encima de su hombro—. ¿Alguien tiene un destornillador?

—¿O tal vez un cuchillo, o un palo o algo para separar las puertas? —añadí.

—Ya lo hemos probado —gimió Eloise con su voz ronca y chirriante—. Lo hemos probado todo. ¡Absolutamente todo!

Me puse a dar puntapiés a las puertas de metal. Me sentía frustrado, y enfurecido y asustado... Todo a la vez.

Noté una fuerte punzada de dolor en la pierna y el pie. Regresé junto a la pared a la pata coja, respirando profundamente.

—Sentaos con nosotros —dijo Mary—. Sentaos y esperad. Al fin y al cabo, la situación no es desesperada.

—Uno termina por acostumbrarse —añadió Seth suavemente.

—¿Qué? —grité enfurecido, todavía respirando agitadamente—. ¿Cómo puede uno acostumbrarse a un mundo sin color? ¿A un mundo en blanco y negro? ¿Y a no poder ir a casa ni a ninguna parte?

Mary bajó la cabeza. Los otros se volvieron para mirarnos con sus rostros grises, tristes y apagados.

—Yo, yo no voy a acostumbrarme —balbuceé—. Ben y yo saldremos de aquí.

Empecé a frotarme las manos. Tal vez así podría borrar el color gris de mi piel, que seguía siendo cálida y suave.

Pero no funcionó.

Mis colores de siempre habían desaparecido y todo mi cuerpo se estaba volviendo gris por momentos.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Ben con voz chillona y los ojos enfurecidos.

—¡La ventana! —grité, señalando con la mano—. ¡Vamos! ¡Saldremos por la ventana!

—¡No! —exclamó Seth, corriendo hacia nosotros para cortarnos el paso—. ¡No lo hagáis! Os lo advierto...

—¡No salgáis por ahí! —gritó Eddie.

«¿Por qué intentan detenernos? —me pregunté—. ¡No quieren que escapemos! ¡No quieren que regresemos a nuestro mundo! ¡Quieren que seamos grises como ellos!»

—Quítate de en medio, Seth —grité.

Mi amigo se escabulló por un lado, y yo por otro,

Seth trató de agarrarme, pero conseguí darle esquinazo. Llegué hasta la ventana y, tras contemplar la lúgubre noche que se extendía tras ella, la abrí.

—¡No os acerquéis a los chicos de ahí fuera!

—¡Están locos! ¡Locos de remate!

—¡Os llevarán al agujero!

Oímos sus gritos y advertencias a nuestras espaldas. Para nosotros no tenían ningún sentido, de modo que no hicimos caso.

Nos encaramamos al antepecho de la ventana y saltamos.

18

Ben cayó al suelo con un sonoro ¡patapum! Yo le seguí y aterricé sobre un mullido lecho de hierba.

El cielo de la noche se extendía sobre nuestras cabezas como un tupido manto negro. La Luna y las estrellas brillaban por su ausencia.

Seth y los demás aparecieron en la ventana, gritando y haciéndonos señas para que regresáramos, pero nosotros echamos a correr por un sombrío sendero de hierba.

Cruzamos la calle. En la lejanía se divisaban casas bajas y oscuras, rodeadas de jardines grisáceos. Ninguna ventana estaba iluminada, no pasaba ningún coche, nadie andaba por la calle.

—¿Estamos en Bell Valley? —me preguntó Ben, mientras cruzábamos otra calle sin aminorar el paso—. ¿Por qué nada de todo esto me resulta familiar?

—Esas casas de ahí no son como las de enfrente del colegio —observé.

Un escalofrío de miedo me dejó petrificado. De pronto, empecé a preguntarme cómo era posible que ahí fuera hubiera un pueblo tan distinto al nuestro ¿Dónde estaba la gente que vivía ahí? ¿Se trataba de un pueblo abandonado? ¿Era el decorado de una película? ¿No era un barrio de verdad?

Las advertencias de los cinco chicos grises resonaban con fuerza en mis oídos.

«Tal vez Ben y yo hemos cometido un error —pensé—. Tal vez deberíamos haberles hecho caso.»

Me volví y contemplé el colegio. La niebla se elevaba flotando desde el suelo. El edificio se alzaba en la oscuridad detrás de una grisácea bruma que iba invadiéndolo todo.

Sorprendido, entorné los ojos para ver mejor.

—¡Oye... Ben! —exclamé jadeando—. Mira el colegio.

Mi amigo también lo estaba observando.

—¡Ese no es nuestro colegio! —exclamó.

Estábamos contemplando un pequeño edificio cuadrado de tejado plano y de una sola planta. Sólo tenía una ventana que diera a la calle, y por ella salían rayos de luz gris que se proyectaban sobre una delgada y desnuda asta de bandera que había junto a la acera. Un par de columpios relucían bajo el tenue resplandor plateado.

—Estamos en otro mundo —observé con una vocecita temblorosa—. Un mundo distinto y muy cercano a la vez.

—Pero, pero... —balbuceó Ben.

La niebla se había hecho más densa, formando una pared ondulante que arrancaba del suelo y nos impedía ver la parte inferior del edificio.

—¡Venga! ¡Sigamos! —apremié a Ben—. ¡Tiene que haber algún modo de salir de aquí!

Echamos a correr. Pasamos por entre casas lúgubres y solares abandonados, avanzamos por debajo de árboles de ramas ennegrecidas y sin hojas a causa del frío invernal. Nuestras pisadas retumbaban en las calles sin coches ni farolas.

Yo seguía mirando hacia el cielo, con la esperanza de ver el resplandor de la luna o la luz centelleante de una estrella, pero mis ojos se toparon con un techo de profunda oscuridad.

«Somos como sombras —pensé—. Sombras corriendo entre sombras. ¡Basta ya, Tommy —me reprendí—. No empieces a pensar cosas raras. Concéntrate en lo que tienes que hacer, que es encontrar un modo de escapar de aquí.»

Pasamos corriendo por delante de un buzón negro y cruzamos otra calle desierta, mientras la niebla nos iba envolviendo más y más.

Al principio, la bruma flotaba a poca altura, esparciéndose por el oscuro césped, extendiéndose por entre las calles. No soplaba ni

una brizna de viento. Pero muy pronto la neblina comenzó a alzarse a nuestro alrededor, ocultando las casas que encontraba a su paso, ocultando los árboles desnudos y las calles desiertas, ocultándolo todo tras un espeso y envolvente muro gris.

Ben soltó un gruñido y se detuvo. Me di de narices contra él.

—¡Eh! —grité sin aliento—. ¿Por qué te has parado?

—No veo nada —contestó bruscamente—. Esta niebla... —Apoyó las manos en las rodillas y se inclinó hacia delante, tratando de recuperar el aliento.

—No estamos llegando a ninguna parte, ¿verdad? —pregunté con voz queda—. Creo que podríamos seguir corriendo toda la vida y nunca conseguiríamos salir de aquí.

—Tal vez deberíamos esperar a que amaneciera —sugirió Ben, todavía inclinado—. Para entonces, lo más seguro es que la niebla haya desaparecido.

—Tal vez —repuse con aire dubitativo.

Empecé a temblar. Me preguntaba cuántas partes de mi cuerpo se habrían vuelto de color gris. ¿Me quedaba todavía un poco de color?

Me levanté la camisa y traté de comprobarlo, pero estaba demasiado oscuro. Todo se veía gris y negro. Era imposible distinguir algo.

—¿Qué sugieres que hagamos? —pregunté a Ben—. ¿Regresar al colegio?

La niebla seguía flotando a nuestro alrededor. Era tan espesa que apenas me dejaba ver a mi amigo.

—N-no creo que seamos capaces de encontrarlo en medio de esta bruma —balbuceó. El miedo se había instalado en su voz.

Me volví. Tenía razón. No se veía la calle, ni los árboles al otro lado de la espesa niebla.

—Tal vez podamos volver sobre nuestros pasos —sugerí—. Si seguimos avanzando hacia allí... —apunté. Pero en la espesa niebla que nos rodeaba, no estaba seguro de que ésa fuera la dirección correcta.

—Hemos cometido una estupidez —murmuró Ben—. Tendríamos que haber escuchado a esos chicos. Intentaban ayudarnos y...

—Ahora es inútil lamentarse —observé con brusquedad—. Se me ha ocurrido una idea. Intentemos encontrar un camino entre la niebla que nos conduzca hasta una de esas casas y pasemos ahí la noche.

—Pero tendríamos que forzar la puerta de entrada —repuso Ben.

—Parecen deshabitadas —contesté.

La niebla seguía arremolinándose a nuestro alrededor y nos envolvía por completo.

Tiré del brazo de mi amigo y añadí:

—Vamos. Encontraremos un sitio donde esperar a que amanezca. Será mejor que pasar toda la noche al aire libre.

—Sí, supongo que sí —convino Ben.

Dimos media vuelta y enfilamos una empinada cuesta. Teníamos que avanzar a paso de tortuga, porque no se veía nada.

Habíamos dado seis o siete pasos cuando lancé un grito de terror. Alguien me había golpeado y tirado al suelo.

19

—¡Ahhhhhh! —Un terrible gemido escapó de mi garganta.

Rodé sobre mi espalda, mientras un gato negro daba tumbos junto a mí.

¿Un gato negro?

Había saltado a mis hombros desde la rama de un árbol.

Clavó sus grises ojos en mí, erizó su pelaje negro y levantó la cola. Luego salió corriendo, desvaneciéndose en la densa niebla. Me levanté temblando de pies a cabeza.

—Tommy, ¿qué te ha pasado? —preguntó Ben.

—¿No has visto ese gato? —grité—. Ha saltado encima de mí y me ha tirado al suelo. Pensé... pensé que... —Las palabras se me atascaron en la garganta.

—¿Estás bien? La niebla es tan espesa que no me ha dejado ver nada —repuso Ben—. Lo único que sé es que de pronto te has puesto a chillar. ¡Menudo susto me has dado!

Me froté la nuca. «¿Por qué me habrá saltado encima ese gato?», me pregunté.

Llegué a la conclusión de que, como no había nadie por allí, tal vez se encontraba muy solo. Pero justo en ese instante, se oyó la voz de una chica.

—¡Están aquí! —gritó.

Y, luego, un muchacho que debía de estar a dos pasos de nosotros gritó:

—¡No dejéis que se escapen! ¡Atrapadlos!

20

Ben y yo entornamos los ojos. Primero oímos voces agudas; luego, el ruido sordo de pasos avanzando por el césped, pero no veíamos a nadie.

Realmente no sabíamos en qué dirección salir corriendo.

—¡Por aquí! ¡Están aquí! —repitió la muchacha a su compañero, mientras trataba de recuperar el aliento.

—¡Detenedlos! —intervino otra chica.

Ben y yo nos dimos la vuelta.

—¿Quién está ahí? —traté de gritar, pero me salió una voz débil y aterrada—. ¿Quién es?

Entonces, envueltas en la densidad de la niebla, surgieron unas siluetas, grises y difuminadas, que corrían hacia nosotros. Luego se detuvieron lo bastante cerca como para ser visibles a través de la espesa cortina de bruma.

Nos contemplaban con expresión de sorpresa, los brazos extendidos y el cuerpo tenso, sus cabellos agitándose bajo la envolvente neblina.

Retrocedí hasta donde se encontraba Ben. Nos quedamos espalda contra espalda, mirándolos boquiabiertos mientras formaban un estrecho círculo a nuestro alrededor.

—Son... son chicos —exclamó Ben—. ¡Otro grupo de chicos!

Me pregunté si serían los que faltaban para completar la clase de 1947.

—¡Eh! —grité—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Nos contemplaron en silencio

La niebla empezó a disiparse. Tras ella apareció una muchacha bajita, de pelo negro y rizado, que le susurraba algo a un muchacho mayor, ataviado con una anticuada chaqueta negra. En aquel momento la niebla los cubrió de nuevo y tuve la sensación de que se desvanecían ante mis propios ojos.

Otros muchachos aparecieron y desaparecieron. En total, serían unos veinte.

Se hablaban en susurros, lanzándonos miradas y sin moverse del corro que habían formado a nuestro alrededor.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —repetí, tratando de que mi voz no reflejara lo muy asustado que estaba—. Mi amigo y yo... nos hemos perdido. ¿Podéis ayudarnos?

—Aún sois de color—murmuró una chiquilla.

—Color. Color. Color. —La palabra fue pasando de boca en boca en el círculo de muchachos grisáceos.

—Deben de ser los otros chicos de la clase —susurró Ben—. Los chicos sobre los que Seth y los demás nos advirtieron.

Las palabras de Seth volvieron a mi mente: «Están locos. Locos de remate.»

—¡Nos hemos perdido! —grité—. ¿Podéis ayudarnos?

No contestaron. Susurraron con nerviosismo entre ellos.

—¡Venga! ¡Venga! —gritó un chico de repente. Su voz sonó tan fuerte, que me sobresaltó.

—¿Qué habéis dicho? —pregunté—. ¿Podéis ayudarnos?

—¡Venga! ¡Venga! —repitió una chica.

—No somos de aquí —gritó Ben—. Queremos irnos, pero no sabemos cómo.

—¡Venga, venga! —murmuraron unas voces al unísono.

—Por favor, ¡contestadnos! —supliqué—. ¿Podéis ayudarnos?

Entonces, todos entonaron: «Venga, venga» y se pusieron a bailar.

Sin deshacer el círculo, empezaron a desplazarse hacia la derecha al compás de un ritmo acelerado. Levantaron una pierna y dieron un paso a la derecha. Pusieron el pie en el suelo y lanzaron un puntapié. Después, otro paso a la derecha.

Una danza muy extraña.

—Venga, venga —entonaban.

—¡Basta, por favor! —suplicamos Ben y yo—. ¿Por qué hacéis esto? ¿Queréis asustarnos?

—Venga, venga. —Y mientras danzaban, las oscuras siluetas entraban y salían de la envolvente niebla.

La bruma se levantó por unos instantes. Entonces vi que todos ellos bailaban agarrados de las manos. El círculo se iba haciendo más y más estrecho, y en su centro estábamos Ben y yo.

—Venga, venga —entonaban.

Un paso y un puntapié.

—Venga, venga.

—¿Qué están haciendo? —susurró Ben—. ¿Se trata de un juego o algo por el estilo?

Tragué saliva con fuerza y contesté:

—No, no lo creo.

La niebla volvió a desplazarse, arrastrándose momentáneamente por la hierba para luego levantarse de nuevo.

Miré con los ojos entornados los rostros que cantaban y danzaban a nuestro alrededor. Tenían una expresión dura y una mirada helada. Unos rostros nada amistosos.

—Venga, venga. Venga, venga.

—¡Parad! —grité yo—. ¡Basta ya de tonterías! ¿Qué estáis haciendo? Por favor, ¡que alguien nos lo explique!

—Venga, venga. —El canto no cesaba.

El círculo se desplazó hacia la derecha. Clavaron sus miradas en nosotros. Parecía un desafío. Era como si nos estuvieran pidiendo que detuviéramos esa especie de danza infernal.

Venga, venga

Ponte gris

Venga, venga

Ponte gris

El círculo giraba a nuestro alrededor. Las siluetas bailaban con frenesí bajo la envolvente niebla siguiendo un ritmo constante y aterrador.

Un ritmo tan frío, tan amenazante.

¡Un ritmo delirante!

Venga, venga
Ponte gris
Venga, venga
Ponte gris

Y, de repente, contemplando esa espeluznante danza, escuchando ese canto frenético, lo comprendí todo.

Entendí que estaban celebrando un extraño ritual, y que seguirían observándonos y bailando a nuestro alrededor hasta que fuéramos tan grises como ellos.

21

Venga, venga
Ponte gris

Mientras los chicos y chicas seguían girando en círculo, entonando suavemente, me dediqué a estudiar sus rostros. Presentaban una expresión dura y fría. Estaban tratando de asustarnos.

Conté nueve chicas y diez chicos. Todos ellos iban vestidos con ropas anticuadas y llevaban unos zapatones grandes y pesados. De repente deseé que todo eso no fuera más que una película en blanco y negro y que ni Ben ni yo estuviéramos realmente allí.

Venga, venga
Ponte gris

—¿Por qué estáis haciendo esto? —gritó Ben, haciéndose oír por encima de su canto espeluznante—. ¿Por qué no queréis hablar con nosotros?

Pero ellos siguieron con su danza circular, sin hacer caso de las súplicas de mi amigo.

Me volví hacia Ben, inclinándome hacia él para que pudiera oírme.

—Tenemos que escapar de aquí —dije—. Están locos. Van a dejarnos aquí hasta que seamos tan grises como ellos.

Ben asintió solemnemente, sin apartar los ojos del círculo de

muchachos.

Hizo bocina con las manos alrededor para contestarme. Me quedé atónito. No tenían ni una pizca de color.

Me llevé las mías a la altura del rostro. Grises. También eran completamente grises.

¿Cuántas partes de nuestro cuerpo se habrían oscurecido? ¿Cuánto tiempo nos quedaba antes de que todo nuestro cuerpo fuera gris?

—Tenemos que escapar de aquí —dije—. Vamos. Contaré hasta tres. Tú sales corriendo por ahí y yo por aquí —ordené, señalando direcciones opuestas.

»Si les pillamos por sorpresa, tal vez podamos abrírnos paso —añadí.

—Y después, ¿qué? —repuso Ben.

No quería contestar a su pregunta. No quería saber la respuesta.

—Para empezar, larguémonos ya de aquí —grité—. No soporto ni un segundo más este estúpido canto.

Ben asintió y respiró hondo.

—Uno... —empecé a contar.

Venga, venga

Ponte gris

El círculo se había estrechado. Ya casi estaban codo con codo.

¿Nos habían leído el pensamiento?

—Dos... —seguí contando, y tensé los músculos de las piernas, preparado para echar a correr.

La cortina de niebla se estaba levantando, pero densas bocanadas de bruma seguían adhiriéndose al suelo. Aun así, me era posible distinguir unas casitas oscuras más allá del círculo en el que estábamos atrapados.

«Si conseguimos abrírnos paso, tal vez podamos escondernos en una de esas casas», pensé.

—Buena suerte —murmuró Ben.

—¡Tres! —grité.

Inclinamos la cabeza y echamos a correr.

22

Habría dado cuatro pasos cuando resbalé sobre el césped mojado.

—¡Ay! —exclamé, al sentir una punzada de dolor en la pierna derecha.

El canto cesó. Los grisáceos muchachos lanzaron gritos de sorpresa. La pierna me dolía mucho. Tenía que pararme, Me incliné para frotarme el tobillo.

Cuando levanté los ojos, advertí que Ben se abalanzaba contra la pared humana que se alzaba a nuestro alrededor.

—¡Aaaah! —gritaba Ben mientras corría.

Dos chicos le agarraron; uno por los hombros y el otro por los pies. Ben cayó sobre la hierba, y los dos muchachos, encima de él.

—¡Dejadme! ¡Dejadme! —gritaba Ben.

A mí, me agarraron bruscamente un chico y una chica. Me obligaron a dar media vuelta y me empujaron con fuerza hacia Ben.

—¡Dejadnos! —grité—. ¿Qué estáis haciendo? ¿Por qué no nos dejáis marchar?

Hicieron levantar a Ben y lo empujaron a mi lado. Al cabo de unos instantes, estaban agrupados a nuestro alrededor, con los cuerpos tensos, dispuestos a capturarnos si se nos ocurría escapar de nuevo.

—No vamos a ir a ninguna parte —suspiré—. ¿Quiere alguien hacer el favor de explicarnos qué demonios está pasando?

—Venga, venga —pronunció una chica con largas trenzas grisáceas y la voz ronca.

—¡Ya lo he oído! —grité enfurecido.

—Ponte gris —añadió la muchacha—. Estamos esperando a que os volváis de color gris.

—¿Por qué? —quise saber—. Sólo dinos por qué.

—La Luna es gris —repuso—. Las estrellas son grises.

—Mis sueños son grises —añadió un niño con tristeza.

—Por favor, aclaradnos qué es todo esto —les suplicó Ben—. Yo no entiendo nada de nada.

Me froté la pierna que me había herido. Ya no sentía punzadas, pero el músculo me seguía doliendo.

—Sólo ayudadnos a regresar al colegio —supliqué.

—Nos fuimos del colegio —gritó un muchacho—. También era gris.

—No hay color en ninguna parte —gritó una niña—. Nunca regresaremos al colegio.

—¡Abajo el colegio! ¡Abajo el colegio! ¡Abajo el colegio! —entonaron algunos muchachos.

—Pero tenemos que regresar ahí —insistí yo.

—¡Abajo el colegio! ¡Abajo el colegio! ¡Abajo el colegio! —volvieron a entonar.

—Es inútil —me susurró Ben al oído—. ¡Están locos de remate! Nada de lo que dicen tiene sentido.

Sentí un escalofrío. El aire empezaba a soplar más fresco. Me invadió una sensación de terror y traté de deshacerme de ella.

Los muchachos nos agarraron y nos empujaron bruscamente por un sendero de hierba. Nos sujetaban con fuerza por los hombros y nos empujaban hacia delante

—¿Adónde nos lleváis? —grité.

No respondieron.

Ben y yo tratamos de escabullimos, pero ellos eran muy numerosos y demasiado fuertes.

Nos hicieron subir a empujones por una oscura colina. Torbellinos de bruma se iban arremolinando a nuestros pies a cada paso que dábamos. La hierba estaba mojada y resbaladiza.

—¿Adónde vamos? —grité—. ¡Decídnoslo! ¿Adónde nos lleváis?

—Al agujero negro —exclamó una niña. Y mientras seguíamos subiendo me susurró al oído—: ¿Saltaréis o tendremos que

empujaros?

23

—¿Agujero? ¿Qué clase de agujero? —exclamé.

Nadie respondió.

Nos detuvimos en la cima de la colina. Los muchachos seguían sujetándonos con fuerza. Al mirar por encima del hombro de Ben vi que se aproximaban cuatro chicos. Cuando estuvieron más cerca, distinguí que llevaban cuatro cubos grandes.

Dejaron los cuatro recipientes alineados en el suelo y nos empujaron hacia ellos.

En su interior había un líquido, oscuro y burbujeante, del que salía un vapor de olor acre y penetrante.

Se acercó una niña llevando un montón de vasos metálicos entre los brazos y le entregó uno a un muchacho. Este se apresuró a sumergirlo en el denso líquido negro y al instante se oyó un sonido siseante.

—¡Ohhh! —exclamé sorprendido cuando el muchacho se llevó el vaso humeante a los labios. Echó la cabeza hacia atrás y dejó que el líquido repugnante se deslizara por su garganta.

—Un vaso sin color —gritó un muchacho.

—¡Bébetela oscuridad! —gritó una chica.

—¡Bebe! ¡Bebe! ¡Bebe!—vitreaban los chicos al tiempo que aplaudían.

Rápidamente formaron una fila. Ben y yo vimos horrorizados que cada uno de ellos sumergía un vaso en el pestilente y negro mejunje y se lo bebía.

—¡Una bebida sin color! ¡Un vaso sin color!

—¡Bebed! ¡Bebed la oscuridad!

Intenté escapar de nuevo, pero había tres muchachos que me sujetaban y me resultaba imposible moverme.

Los chicos aplaudían y reían. Un muchacho se tragó un vaso entero de aquel pestilente brebaje y después arrojó el vaso al aire.

Se oyeron fuertes aplausos.

Una niña se llenó la boca con el oscuro potingue y luego lo escupió sonoramente en la cara de una muchacha que había junto a ella. Otro chico arrojó el líquido repugnante por la boca como si se tratara de un surtidor.

—¡Nos cubrimos de oscuridad! —gritó un muchacho con una voz profunda y resonante—. ¡Nos cubrimos de oscuridad porque en la luna no hay color! ¡No hay color en las estrellas! ¡No hay color en la Tierra!

Una chica escupió esa mezcolanza negruzca sobre el cabello de un muchacho bajito y con gafas. El oscuro brebaje empezó a deslizarse lentamente por su frente y sus gafas. Después el muchacho se inclinó para llenar su vaso, beberse el líquido repugnante y escupirlo seguidamente en la parte delantera del abrigo de la niña.

Entre gritos, risas y aplausos, se escupieron y embadurnaron con aquel mejunje caliente y negruzco, hasta terminar empapados de una oscuridad aceitosa.

—¡Un vaso sin color! ¡Una bebida sin color!

Entonces noté que unas manos me agarraban con más fuerza. Y Ben y yo fuimos arrastrados hasta la cima de la colina.

Al echar un vistazo al otro lado me encontré con un profundo precipicio, y, más abajo, al fondo... Era imposible ver algo. Estaba demasiado oscuro. Pero se oía un sonoro borboteo. Y hasta nosotros llegaban densas y continuas bocanadas de vapor, que lo impregnaban todo de un olor tan acre y penetrante que sentí náuseas.

—¡Al agujero negro! —gritó alguien—. ¡Al agujero negro!

Muchos niños aplaudieron.

Ben y yo fuimos empujados hasta el borde del precipicio.

—¡Saltad! ¡Saltad! ¡Saltad!—empezaron algunos niños a entonar.

—¡Saltad al agujero negro!

—Pero... ¿por qué? —grité—. ¿Por qué hacéis esto?

—Que os cubra la oscuridad —chilló una niña—. ¡Que os cubra como a nosotros!

Los muchachos reían y aplaudían.

Ben se volvió hacia mí, con el rostro contorsionado por el terror.

—¡Es-está hirviendo ahí abajo! —balbució, echando un vistazo al interior del agujero burbujeante—. ¡Y huele a culebras muertas!

—¡Saltad! ¡Saltad! ¡Saltad! —los chicos siguieron entonando.

Desplacé la mirada hasta ellos. Se reían, y aplaudían, empapados de un mejunje repugnante que les chorreaba por la cara y por la ropa. Echaban la cabeza hacia atrás y escupían al aire sorbos del líquido negruzco.

—«¡Saltad! ¡Saltad! ¡Saltad!»

De repente, el canto y las risas cesaron. Se oyeron gritos.

Desde atrás, unas manos me agarraron por la cintura. Y me empujaron con fuerza... al humeante agujero.

24

No, no me caí al agujero.

Las manos me agarraron y me hicieron dar la vuelta. Me encontré cara a cara con un rostro familiar: ¡Seth!

—¡Corre! —gritó—. ¡Hemos venido a salvaros!

Me di la vuelta y vi que Mary y Eloise estaban guiando a Ben colina abajo.

—¡Vamos! —gritó Seth.

Echamos a correr, pero no llegamos muy lejos. Habíamos pillado a aquellos muchachos locos por sorpresa, pero muy pronto salieron de su asombro y formaron un estrecho círculo a nuestro alrededor.

—¡Nos han atrapado! —grité—. ¿Cómo vamos a escapar?

Nos detuvimos y los chicos nos rodearon.

Se movían en silencio, con las caras embadurnadas de ese líquido repugnante y la ropa empapada y hecha un asco.

—Pensé que podríamos ser más rápidos que ellos —empezó a decir Seth—pero...

Bajé los ojos hasta un montón de hojarasca que había junto a mis pies. De pronto se me ocurrió una idea genial.

Me metí la mano en el bolsillo de los téjanos.

—¡Preparaos! —grité a los demás.

Ben se volvió hacia mí.

—¿Para qué? —preguntó.

—Preparaos —repetí— para salir pitando.

25

—¡Allá voy! —exclamé.

Levanté el encendedor. Le di una vez, dos y salió una llama amarilla.

—¡Ahhh! —chilló una muchacha.

Varios chicos del grupo también gritaron. Algunos se protegieron los ojos con las manos o se volvieron para no ver la llama.

—¡Es demasiado luminosa! —exclamó una chica.

—¡Los ojos! ¡Me duelen los ojos!

—¡Quitadle eso! ¡Quitádselo! —gimió un chico.

Pero yo aún no había terminado.

Acerqué la llama al montón de hojarasca que descansaba a nuestros pies. Las hojas se encendieron al instante, crepitando y produciendo grandes llamas anaranjadas.

—¡Nooo! —Los muchachos se taparon los ojos y gritaron de dolor.

—¡Larguémonos! —dije a Ben y a los demás. Pero ellos ya habían echado a correr por la oscura maleza. Incliné la cabeza y salí disparado tras ellos.

Oí que el grupo de muchachos salvajes gritaba y gemía detrás de nosotros.

—¡No veo nada! ¡No veo nada!

—¡Que alguien haga algo!

—¡Apagad el fuego!

Al volverme observé que las hojas seguían ardiendo, formando

un serpenteante muro de luz roja y anaranjada, que contrastaba intensamente con la oscuridad de la noche.

Los muchachos se cubrían los ojos y corrían despavoridos de un lado a otro. Habían dejado de perseguirnos.

Abriéndose paso en la brumosa noche, Seth y sus dos amigas nos condujeron al otro lado de la colina.

—Ya os avisamos acerca de estos chicos —explicó Mary, jadeando—, pero vosotros echasteis a correr sin querer oír una sola palabra.

—Han perdido la razón —comentó Seth con tristeza—. No saben lo que hacen.

—Se han convertido en una especie de pandilla salvaje —añadió Eloise—. Se rigen por sus propias leyes y celebran unos extraños rituales. Cada noche se cubren de pies a cabeza con el repugnante líquido negro. Es... es realmente aterrador.

—Esa es la razón por la que nosotros cinco vivimos en el colegio —explicó Eloise—. A nosotros también nos dan miedo.

—Hacen unas cosas verdaderamente horripilantes —intervino Mary—. Han perdido todo resquicio de esperanza. Todo les da igual.

Empecé a tiritar. La grisácea luna se había escondido nuevamente detrás de las nubes y el aire era cada vez más frío. Los tres muchachos grises parecieron fundirse con la pálida luz de la noche.

Oí gritos que sonaban muy cerca. Voces nerviosas.

—¡Vienen hacia aquí! —chillé.

—Será mejor que nos apresuremos —repuso Seth—. Seguidnos.

Nuestros amigos se dieron media vuelta y echaron a correr hacia la calle. Ben y yo les seguimos, al amparo de la espesa sombra que proyectaban los altos setos de los jardines.

Volví a oír gritos a dos pasos de nosotros.

—¿Adónde nos lleváis? —preguntó Ben en un susurro jadeante.

—A la escuela —repuso Seth.

—¿Para sacarnos de aquí? —grité—. ¿Para ayudarnos a regresar a nuestro mundo?

—No —repuso Seth sin aminorar la marcha—. Ya os lo dijimos, Tommy. No os podemos ayudar a regresar, pero estaréis más

seguros en el colegio.

—Desde luego —añadió Mary.

Ben y yo les seguimos por jardines oscuros y calles desiertas. Las ramas de los árboles sin hojas crujían y gemían sobre nuestras cabezas. Por lo demás, lo único que se oía era el constante ¡pum, pum! de nuestros zapatos al correr.

No oíamos las voces de los otros chicos, pero sin duda se encontraban muy cerca, tratando de encontrarnos.

Suspiré aliviado cuando llegamos al pequeño edificio del colegio. Ben y yo nos apresuramos a entrar. Seth y las dos chicas nos llevaron de nuevo al aula. Mona y Eddie nos estaban esperando.

Me dejé caer en un pupitre y traté de recuperar el aliento. Al levantar la cabeza, vi que los cinco muchachos grises nos miraban con ojos desorbitados.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

No contestaron durante un buen rato. Eloise fue la primera en hablar.

—Será mejor que os miréis —y señaló en dirección a un gran espejo que había cerca del ascensor.

Ben y yo la obedecemos al instante.

Cuando me planté enfrente del espejo, mi corazón latía desbocado. Una profunda sensación de terror se apoderó de mí.

Sabía lo que iba a ver, pero rezaba para que estuviera equivocado.

Respiré hondo, y me miré en el espejo.

26

—¡Noooo! —gimió Ben consternado.

Nuestros ojos estaban contemplando dos figuras de color gris.

El pantalón y la camisa habían perdido su color. Y también el cabello y los ojos. Todo yo era un conjunto de distintas tonalidades de gris.

—Ya casi somos como ellos —murmuró Ben, y soltó otro gemido—. ¿Cuáles son los colores de este colegio? ¿Gris y gris? —Trató de sonreír, pero vi que temblaba de pies a cabeza.

—¡No... espera! —grité—. Mira, Ben. ¡Todavía nos queda algo de tiempo!

Señalé en dirección al espejo.

Mis orejas eran grises, al igual que mis labios y mi barbilla, pero en las mejillas y la nariz todavía quedaba un vestigio de color.

A Ben le sucedía lo mismo.

—Lo único que no se ha teñido de gris es una parte de mi cara —observó con un suspiro.

—Lo sentimos muchísimo —dijo Mary, acercándose por detrás—. Lo lamentamos de veras, porque dentro de unos minutos seréis tan grises como nosotros.

—¡No! —insistí yo, alejándome del espejo—. Tiene que haber alguna solución. ¿Nunca nadie ha podido escapar?

La respuesta de Seth me dejó petrificado.

—Sí —repuso suavemente—. Hace tan sólo unas semanas, una chica consiguió huir de Oscurolandia.

—Después de cincuenta años, uno de nosotros consiguió regresar

a vuestro mundo —explicó Mona con un suspiro.

—¡Qué! —gritamos Ben y yo al unísono.

—¿Cómo lo consiguió? —pregunté.

Todos movieron la cabeza de un lado a otro.

—No tenemos ni idea —repuso Eloise con tristeza—. Un buen día desapareció. Estamos esperando que regrese a por nosotros.

—Cuando esta noche se abrieron las puertas del ascensor, creímos que era ella —añadió Eddie—. Pensamos que había regresado para salvarnos.

¡Greta!

De repente, su imagen me vino a la cabeza.

¡Claro! Tenía que ser Greta; esa chica tan extraña, con los ojos grises, el pelo de un rubio casi blanco y siempre vestida de negro.

Greta había conseguido escapar de Oscurolandia y regresar al mundo del color. Por eso siempre andaba como loca detrás del lápiz de labios de Thalía.

Greta...

¿Por qué no había regresado a salvar a sus amigos? ¿Cómo había conseguido escapar?

Desvié la vista hasta el ascensor, al fondo del aula.

—¡Ábrete! —ordené en voz baja—. ¡Ábrete ahora mismo, por favor! ¡Ábrete!

Pero claro, la puerta gris siguió tan cerrada como antes. Me metí las manos en los bolsillos del pantalón. Cavilando e intentando no dejarme llevar por el pánico, me dispuse a andar hacia la parte delantera de la clase.

Ben se dejó caer en una silla, negando con la cabeza, abatido.

—No puede ser —murmuró—. ¡No puede ser cierto! —Dio un puñetazo de rabia sobre el pupitre y repitió—: No puede ser cierto.

—Piensa, Tommy, piensa —me ordené en voz alta—. Tiene que haber un modo de impedir que nos volvamos completamente grises. Tiene que haber alguna forma de recuperar el color. ¡Piensa!

Mi mente funcionaba a la velocidad del rayo. Estaba demasiado asustado para pensar con claridad. Tenía todos los músculos del cuerpo agarrotados. Sin dejar de cavilar, me saqué el mechero de plástico del bolsillo. Nervioso, empecé a girarlo entre mis dedos y a pasármelo de una mano a otra.

—¡Piensa! ¡Piensa!

Seguí jugueteando con el encendedor. Me resbaló de las manos y chocó contra el suelo.

Lo observé unos instantes mientras me agachaba para recogerlo. El mechero, que había sido de un rojo intenso, se había vuelto gris.

Pero la llama...

¡Claro! ¡Qué buena idea!

Me levanté y me volví hacia los demás, sosteniendo el encendedor en alto.

—¿Qué pasaría si...? —empecé a decir, sin dejar de cavilar y entusiasmado por mi brillante idea—. ¿Qué pasaría si iluminara la clase con luz amarilla del otro mundo? ¿Creéis que el color, o sea, la luz amarilla, haría desaparecer el gris?

—Ya lo has probado antes, cuando estábamos fuera —me recordó Ben.

—Pero eso ha sido en el exterior —repuse—. ¿Qué pasaría si lo encendiera cerca de la pared? ¿Creéis que el color intenso haría desaparecer el gris, de modo que pudiéramos ir al otro lado y regresar al mundo del color?

Me miraron fijamente, con los ojos clavados en el mechero que sostenía en la mano.

No esperé a oír ninguna respuesta.

—Voy a probarlo —anuncié.

Alcé el encendedor de plástico. Todas las miradas se concentraron en él.

—Adelante —susurró Ben—. Que la suerte nos sonría.

Le di al encendedor. Le volví a dar. Otra vez. Le di con más fuerza. Nada. No había modo de encenderlo.

27

Dejó violentamente el encendedor encima de un pupitre.

—No queda gas —gemí—. No funciona.

—¡Imposible! —gritó Ben—. Pruébalo de nuevo, Tommy. Por favor, una vez más.

Solté un gruñido y agarré de nuevo el mechero. La mano me temblaba. De repente noté la garganta muy seca. Me había parecido una idea tan buena. Si consiguiera encenderlo...

—Venga —murmuré, alzando de nuevo el encendedor—. Haremos un último intento.

Con el sudor, faltó poco para que el mechero volviera a resbalarme de la mano. Lo sujeté firmemente. Levanté el pulgar. Le di a la ruedecita. Nada. Volví a darle con más brío. Esta vez salió una llama.

—¡Sííííí! —gritó Ben.

Pero su alegría se desvaneció al instante. La llama que salía del encendedor era gris. Todos soltaron un gemido de decepción.

Una llama gris parpadeando en un encendedor gris sujeto por un puño gris.

—Es inútil —me lamenté.

Apagué el mechero y volví a guardármelo en el bolsillo. Miré a Ben.

—Lo siento —murmuré con tristeza—. Por lo menos, lo hemos intentado.

Mi amigo asintió con la cabeza y tragó saliva.

—¡Ben! —exclamé boquiabierto—. ¡Tu cara! ¡Las mejillas!

—¿Qué? ¿Son grises? —preguntó quedamente.

Asentí con la cabeza y añadí:

—Sólo te queda color en la nariz.

—A ti te sucede lo mismo.

Los cinco chicos grises nos observaron en silencio desde el otro extremo de la clase. Seth meneó tristemente la cabeza de un lado a otro.

¿Qué podían decir? A ellos les había sucedido lo mismo. Durante cincuenta años habían vivido en un mundo en blanco y negro. Y Ben y yo estábamos condenados a formar parte de ese triste y frío mundo.

Me froté la nariz.

«¿Pero cuánto tiempo mantendrá su color?—me pregunté—. ¿Cuánto tiempo tardaré en ser uno de ellos?»

Desplacé la mirada hasta el ascensor. Si Ben y yo hubiéramos utilizado las escaleras para subir al aula de dibujo. Si... Pero ya no servía de nada lamentarse. Seguí con los ojos fijos en las puertas del ascensor. Una vez más, les ordené en silencio que se abrieran. Solté un grito de sorpresa cuando oí un sonoro zumbido. Todos se sobresaltaron y escucharon atentamente.

El zumbido se convirtió en un estruendo.

—¿Qué está pasando? —gritó Ben.

—¡El ascensor! —apuntó Eloise boquiabierta, señalando con la mano.

Todos nos acercamos al viejo aparato. Sólo estábamos a unos pasos de él, cuando las puertas se abrieron.

Corrimos a ver quién había en su interior.

—¡Greta! —exclamé.

28

No. No era Greta.

¡Era Thalia! ¡Thalia había regresado!

Asomó la cabeza con nerviosismo. Bajo la luz del ascensor, su cabello era de un rubio brillante y su vestido de un azul intenso. El color casi me dañaba la vista.

Su rostro se iluminó con una roja sonrisa.

—¡Por fin! ¡Os he encontrado! —exclamó contenta.

Salió a toda prisa del ascensor. Entre gritos y saltos de alegría, corrió a dar un fuerte abrazo a Mary. Después, abrazó a Eloise y a Seth, y a Mona y a Eddie.

Todo el mundo gritaba de felicidad.

—¡Thalia, has vuelto!

—¿Estás bien?

—¡Te estábamos esperando!

—¡Eh! ¡Un momento! ¡El ascensor! —grité—. ¡No dejéis que se vaya!

Me precipité como un poseso hacia él. Demasiado tarde.

Las puertas se habían cerrado.

Me di de cabeza contra ellas y salí disparado hacia atrás

—¡Nooooooo! ¡El ascensor! ¡El ascensor! —exclamé, aporreando las puertas con ambas manos.

Me di la vuelta para mirar a Thalia.

Ella contuvo el aliento y se llevó una mano a la boca.

—¡Vaya, lo siento! —exclamó, abriendo sus ojos azules de par en par—. ¡Con la alegría de ver a mis amigos, se me había olvidado

por completo!

—Pero... pero... —balbuceé.

Me apoyé contra la pared, temblando de pies a cabeza. Acabábamos de perder nuestra única oportunidad de escapar.

Los cinco chicos grises rodearon a Thalia. La abrazaron, riéndose y haciéndole miles de preguntas.

—¡Te hemos echado tanto de menos! —gritó Eloise—. Pero sabíamos que volverías para salvarnos.

—Yo también os he echado mucho de menos —repuso Thalia—. Quería regresar, pero no sabía cómo. Por fin, esta noche he encontrado el camino de vuelta.

Thalia se volvió hacia nosotros.

—Me escapé hace unas semanas —explicó—, justo antes de que comenzaran las clases. Conseguí regresar a vuestro mundo, al mundo real, pero tenía que ocultar mi identidad.

—Te refieres a que... —empecé a decir.

—Exacto —continuó Thalia—. Constantemente tenía que ponerme polvos en la cara y pintarme los labios para ocultar el color gris de mi piel. Y...

—¿Y los ojos? —interrumpí—. Los tienes azules.

—Llevo lentes de contacto —explicó, y dio un largo suspiro—. Ha sido tan difícil y agotador. No podía despistarme ni un instante. Siempre tenía que estar pendiente del maquillaje. No podía dejar que nadie lo descubriera.

»Los chicos se reían de mí —continuó Thalia—. Pero ésa no fue la peor parte. Yo quería estar en el mundo de la luz y del color, pero era una impostora, una farsante que ocultaba su verdadera identidad con maquillaje. Yo ya no pertenecía a ese mundo. Mi verdadero mundo es éste, Oscurolandia. —Suspiró de nuevo—. Pero no conseguía encontrar el camino de vuelta, hasta esta noche, cuando tú y Ben no habéis regresado al gimnasio. Entonces salí a buscaros, y descubrí el hueco en la pared tapiada. Luego encontré el ascensor, que me ha devuelto a mi mundo y a mis amigos.

—Bienvenida a casa —dijo Mary, colocando su brazo grisáceo sobre los hombros del vestido de Thalia, cuyo color azul ya había comenzado a perder intensidad.

—Tienes razón. Este es el mundo al que perteneces —le dijo

Seth.

—Cuando te fuiste, no dejamos de pensar en ti un solo instante —añadió Mona—. Nos preguntábamos qué tal te estarían yendo las cosas, y si regresarías a buscarnos.

—No os gustará el mundo real —repuso Thalia—. Yo no quiero regresar allí. Ese sitio no nos pertenece ni podemos vivir en él. Ya no quiero seguir fingiendo por más tiempo. Lo único que deseo es estar aquí, con vosotros, y ser yo misma.

Sacó un estuche de maquillaje y lo arrojó sobre un pupitre.

—Se acabaron los polvos y la barra de labios. Se acabó ser una impostora.

—¿Y qué pasa con nosotros? —gritó Ben—. ¡A Tommy y a mí sólo nos queda un minuto o dos antes de volvernos grises para siempre!

—¿No nos ayudarás a salir de aquí? —supliqué—. ¿No nos ayudarás a regresar a nuestro mundo?

Thalia negó con la cabeza con aire desdichado y dijo:

—Lo siento, chicos.

29

Tragué saliva al tiempo que empezaba a echar de menos mi casa, a mi padre, a mi nueva madre, a mi perro. Y entonces caí en la cuenta de que nunca más volvería a verlos.

Ya no volvería a ver nada en color: ni las azules olas del mar ni el rojizo sol del atardecer.

—Lo siento, chicos —repitió Thalía—. Lo siento, os lo tendría que haber explicado inmediatamente.

—¿El qué? —grité.

—Creo que puedo ayudaros a regresar al otro lado —dijo. Tomó la barra de labios y añadió—: Así es como conseguí escapar hace unas pocas semanas. Llevaba este lápiz de labios en el bolso desde hacía cincuenta años, pero me había olvidado por completo de él.

Lo destapó y nos mostró una barra de labios de un rojo intenso.

—Lo encontré hace unas semanas y vi que todavía conservaba su color —exclamó Thalía—. Era un verdadero milagro. Tal vez se debía a que había estado guardado todo el tiempo.

Thalia se acercó a la pared.

—Me emocioné tanto al ver el color rojo después de tantos años —prosiguió—. Mi primera reacción fue probar la barra de labios sobre la pared y, para mi sorpresa, ahí donde ponía un poco de carmín se hacía un agujero.

—¡Increíble! —gritó Eddie.

Los demás también expresaron su sorpresa.

—La pintura roja de la barra de labios desintegraba la pared —continuó Thalía—. Estaba tan sorprendida que no sabía qué hacer.

Dibujé una ventana en el muro y salí por ella. Así conseguí escapar.

Acercó la barra de labios a la grisácea pared.

—Traté de avisaros —les dijo a sus compañeros—, pero la abertura se cerró tan pronto como hube salido por ella. —Frunció el ceño y añadió—: Dibujé una ventana en una clase del mundo en color, pero allí, la barra de labios no era más que eso: una barra de labios. No funcionaba. De modo que no podía regresar a buscaros. No sabía cómo encontraros ni cómo regresar aquí.

Eché un vistazo a Ben. Para mi sorpresa, mi amigo ya estaba completamente gris, excepto... excepto por la punta de la nariz.

—¡Thalia! ¡Date prisa! —supliqué—. ¡Dibújanos una ventana! ¡Ya no nos queda mucho tiempo!

Sin añadir una sola palabra, Thalia se volvió hacia la pared y se puso a trabajar con ahínco. Dibujó el perfil de una ventana y la rellenó de color rojo.

—¡Deprisa! ¡Deprisa! —suplicaba yo, contemplando cómo nuestra amiga frotaba frenéticamente la barra de labios sobre la pared.

¿Funcionaría?

30

En cuanto Thalia terminó de pintar la ventana, agarre a Ben y le empujé al agujero.

—¡Venga! —grité—. ¡No hay tiempo que perder!

—Adiós, Ben. Adiós, Tommy —gritaron los demás.

Cuando estaba encaramado a la ventana, me volví hacia ellos.

—Venid con nosotros —grité—. Rápido. ¡Podéis hacerlo!

—No, es imposible —repuso Seth con voz triste.

—Thalia tiene razón. Vuestro mundo no nos gustaría. Nosotros pertenecemos a éste —añadió Mary.

—No me olvidéis —gritó Thalia. La voz se le quebró con tristeza y se dio la vuelta.

Yo también me volví, pero para regresar al otro mundo, a nuestro mundo. Ben y yo terminamos de cruzar la pared, y nos encontramos de nuevo en el colegio.

La música retumbaba en el pasillo. Los niños gritaban y reían.

¡El baile!

Estábamos de nuevo en la fiesta.

Grité alborozado y abrí de golpe la puerta de los lavabos del colegio. Entramos y corrimos a mirarnos en el espejo.

Nos quedamos boquiabiertos. Volvíamos a estar llenos de color: rojo y azul y rosa y amarillo. ¡Todo en color! ¡Y tantos colores distintos!

Entrechocamos las manos en alto en señal de victoria, echamos la cabeza hacia atrás y dimos gritos de alegría hasta casi quedarnos sin voz.

Parecía increíble. Habíamos regresado a la normalidad, a nuestro mundo. Y la fiesta nos estaba esperando.

Abrimos de golpe la puerta de los lavabos, nos precipitamos al pasillo y nos dimos de narices con la señora Borden.

—¡Por fin! —gritó—. ¡Os he estado buscando por todas partes!

Nos agarró de la mano y tiró de nosotros por el pasillo.

—Señora Borden... hay algo que... —empecé a decir.

—Luego —interrumpió ella. Nos empujó al gimnasio—. ¡Os hemos estado esperando una eternidad!

—Pero es que... Usted no lo entiende pero... —afirmé bruscamente.

—Querréis salir en la foto, ¿no? —preguntó la directora.

Todos los alumnos que habían asistido al baile estaban alineados delante de las gradas. La señora Borden nos empujó a Ben y a mí hacia la primera fila.

—Queremos que todo el mundo que ha participado en la fiesta salga en la foto —declaró la directora.

Se volvió hacia el fotógrafo que esperaba detrás de una cámara y dijo:

—Señor Camaleón, ya puede disparar.

—¿Señor queeeeeé?—grité—. ¡No! ¡Espere! ¡Espere!

¡FLASH!



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofrantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.